

JACK LONDON

EL LLAMADO DE LA SELVA



COLECCION QUIMANTU PARA TODOS



Jack London

EL LLAMADO
DE LA SELVA



© 39686.

EMPRESA EDITORA NACIONAL QUIMANTU LIMITADA.

Av. Santa María 076, Casilla 10155, Santiago, Chile.

Primera Edición, junio de 1972.

Director División Editorial: Joaquín Gutiérrez M.

Jefe Departamento Editorial: Luciano Rodrigo C.

Proyectaron la edición: Pedro Parra y María Angélica Pizarro.

PROLOGO

I El aventurero

"Daría cualquier cosa por vivir una infancia que nunca supe gozar. Responsabilidades y deberes son mis primeros recuerdos."

Algunos de esos deberes, curiosos primero, como cuidar abejas (es decir, montar guardia al pie de un árbol desde el alba a la tarde, en que debía anunciar el retorno del enjambre a la gente del rancho), fueron haciéndose más duros y peligrosos: pescador de salmón, pirata de ostras (burlando las leyes de pesca), vigilante de playa (velando por su cumplimiento).

Ya podía sentirse todo un hombre y, para probárselo, empinaba amargos tragos de cerveza en vez de los caramelos que, secretamente, hubiera preferido. Tenía por entonces la edad en que adolescentes de varias generaciones lo han leído, sombreando tal vez plácidamente en soleadas tardes de vacaciones.

Por pródigas en peripecias que nos parezcan esas páginas, apenas alcanzan a emular la extraordinaria aventura de su propia existencia.

A los dieciséis años (había nacido en 1876) dejaba esos contradictorios oficios portuarios y se embarcaba, recorriendo las costas del Japón y presenciando la caza de focas en el estrecho de Behring. Era su primera expedición, y el barco en que estuvo listo para iniciar la segunda se perdió en el mar con sus camaradas, convirtiéndolo en un casi sobreviviente. Se había arrepentido de embarcar a última hora, quedándose a realizar en tierra

los pocos extraños oficios que le quedaban por hacer: fogonero, cargador, lavandero, vendedor de diarios.

Recorrió Estados Unidos a pie y fue a parar a calabozos de Canadá, procesado por vagabundo.

"Las numerosas experiencias que me ofrecieron mis continuos correteos me hicieron socialista. (Me parecían los trabajadores como víctimas del matadero hundidos en la charca social.)." Exordios de ese estilo le valieron ser conocido como "el chico socialista, alta distinción que me proporcionó el arresto por conversaciones y discursos callejeros."

Estudiando con poco orden pero mucho esfuerzo, llegó a ingresar a la Universidad de California, pero el trabajo era durísimo y debió abandonar el primer curso a la mitad. Por la misma razón había abandonado sus primeros proyectos literarios.

Es entonces cuando oye decir de los fabulosos yacimientos descubiertos en Klondike, y hacia allá parte, haciendo la ruta que en estas páginas veremos recorrer al noble perro Buck.

II El escritor

"Todos los míos, próximos o lejanos, parientes o amigos, carecían por completo de ideas, gustos o refinamientos literarios."

En cuanto a él, aprendió, no sabe cómo, a leer y escribir a los cinco años, y desde entonces la lectura fue una poderosa afición, y en los pocos días escolares que tuvo alcanzó a redactar algunas composiciones muy elogiadas.

Tal vez por eso su madre lo insta a parti-

cipar en un concurso de artículos descriptivos de La Voz de San Francisco.

Debe levantarse a las cinco de la mañana para ir a la fábrica de yute en que trabaja, pero trasnocha escribiendo The Typhon of the Coast of Japan, que obtiene el primer premio.

Sin embargo, es sólo de vuelta de los yacimientos, hallándose cesante, que había de aferrarse a su vocación siempre latente. Escribía cuento tras cuento, que iban siendo sistemáticamente rechazados por las redacciones.

"Ignoraba por completo lo que fuera un editor o cosa que se le pareciera. No conocía ni una sola alma que hubiera publicado algún escrito, por insignificante que fuera."

Pero vino el primer cuento aceptado y las cosas comenzaron a cambiar. En 1900 aparece el primero de treinta y siete libros.

Escritor como ninguno autodidacto, llegó a formarse firmes conceptos de su creación: "creo en el trabajo regular y metódico, y nunca espero a que la inspiración venga", y sus sentimientos: "los escritores que más han influido en mí, después de llegar a ser un hombre hecho y derecho: Carlos Marx, de una manera particular, y Spencer, en lo general".

III El llamado de la fábula

"Atraídos por las sorprendentes nuevas de los grandes yacimientos descubiertos en Klondike, multitud de seres humanos se lanzaban hacia las heladas comarcas del norte. Pero Buck no leía los periódicos"... Sin embargo, la codicia de los buscadores de oro ha de llevarlo tras ese itinerario que —ya sabemos— ha recorrido su autor.

Y a este llamado de la aventura podrán responder por igual lectores adolescentes y adultos. Para unos será —aparte de un tema de sus bibliografías escolares— una lectura plena de acción y emociones. Para otros se acentuarán los rasgos profundamente humanos de Buck, en contraste con la bestialidad que la codicia pone siempre en el hombre.

El noble perro hace un doble viaje: cansador uno, desde el confort del parque familiar del juez Miller hacia las soledades inhóspitas del Artico; agobiante el otro, desde la ruindad del jardinero Manuel hasta la viril fraternidad del aventurero Juan Thornton.

Es junto a él que alcanzan plenitud sus aptitudes naturales y las que le ha desarrollado su azarosa existencia. Es también junto a él que su nobleza halla cauce de expresión, a veces cinematográfica, como en la defensa de su amo en la taberna, en el torrente, o en la apuesta que va a cambiar la vida de ambos.

Y va a ser en el desamparo del desierto helado —libre pero también solo— que al llamado de la sangre y la selva irá al encuentro de la fiera ancestral que había en él.

Parecería irreverencia sospechar en esto una alusión autobiográfica, pero es difícil no recordar a London: "Fue en Klondike que me encontré a mí mismo; allí nadie habla, todos piensan, y el pensamiento les da, como a mí me la dio, la verdadera perspectiva interior de su propio ser".

Hay algo más que simple coincidencia: son circunstancias que nos muestran un Buck liberado de sus arreos, ennoblecido, cruzando del campo de la simple aventura al legendario territorio de la fábula.

Y es por eso que —aunque cine y televisión ofrecen cómodo sustituto del género—

*podrá y merecerá seguir leyéndose mientras
queden espíritus capaces de sobrevivir a los
rigores, la codicia, la explotación; intrépidos
ante la aventura del destino y plenos de soli-
daridad humana.*

FLORIDOR PÉREZ

Escuela Rural de Mortandad, abril 1972.

I HACIA LO PRIMITIVO

*"Ansias inmemoriales de nomadismo brotan
debilitando la cadena de la costumbre;
otra vez, de su sueño milenario
se despierta, feroz, el atavismo."*

Buck no leía los diarios. De haberlo hecho se habría enterado de la amenaza que se cernía no sólo sobre él, sino también sobre cualquier otro perro de la costa, desde San Diego hasta Puget Sound, que tuviera músculos fuertes y pelo largo y abrigado. Como los hombres, al tantear en la oscuridad del Artico, habían descubierto un metal amarillo y las empresas navieras y de transportes en general pregonaban el hallazgo, miles de aventureros se lanzaban rumbo al Norte. Esos hombres necesitaban perros: y los perros que necesitaban eran perros resistentes, de músculos fuertes para el trabajo y de abundante pelo para resistir el frío.

Buck vivía en una gran casa, en el soleado valle de Santa Clara. La finca del juez Miller: tal era su nombre. Estaba apartada del camino, casi oculta entre árboles que apenas dejaban entrever la galería que rodeaba el edificio por los cuatro costados. Se llegaba a ella por caminos de grava que serpenteaban entre extensiones de césped y por debajo de entrelazadas ramas de álamos muy altos. La finca era mucho más vasta en la parte trasera que en el frente. Había grandes caballerizas atendidas por media docena de mozos de cuadra y algunos chiquillos, una prolija fila de viviendas para criados, cada una con su enredadera, y galpones, glorietas cubiertas de

vides, campos de pastoreo, huertas y fresales. Además, había también una bomba para el pozo artesiano y un gran estanque de cemento donde los hijos del juez Miller se daban el baño matinal y se aliviaban del calor en las tardes de verano.

Buck era amo y señor de ese vasto dominio. Había nacido allí y allí había pasado los cuatro años de su vida. Es cierto: había otros perros; no podían faltar en finca tan vasta; pero no tenían importancia. Iban y venían por sus perreras colectivas o estaban reducidos a los rincones más sombríos de la casa, como Toots, el dogo japonés, o Ysabel, la calva chihuahua, extrañas criaturas que rara vez asomaban las narices más allá de las puertas y que apenas pisaban el suelo. Los fox-terriers, unos veinte, más o menos, aullaban tímidas protestas a Toots e Ysabel, que los miraban desde los ventanales, siempre protegidos por legiones de criadas provistas de escobas y estropajos.

Pero Buck no era perro de estar en casa ni en perrera. Toda la finca era suya. Se zambullía en el tanque o salía de caza con los hijos del juez, escoltaba a Mollie y Alice, las hijas del juez, en sus caminatas nocturnas o matutinas, y en las noches de invierno se tendía a los pies del juez, ante el alegre fuego de la biblioteca; llevaba sobre el lomo a los nietos del juez o los hacía rodar por el césped, y los cuidaba celosamente cuando se aventuraban cerca de la fuente y aun más lejos, por la cuadra del establo, y aun más lejos, por los campos de pastoreo y los fresales. Entre los fox-terriers se movía con majestuoso desdén e ignoraba a Toots e Ysabel, pues él era rey, rey de cuanto caminara, se arrastrara o

volara por los dominios del juez Miller, incluidos los seres humanos.

Elmo, su padre, un enorme San Bernardo, había sido compañero inseparable del juez, y Buck seguía los pasos de su padre. No era tan grande como él, pues sólo pesaba ciento cuarenta libras, ya que Shep, su madre, había sido una perra ovejera. Sin embargo, esas ciento cuarenta libras sumadas a la dignidad que resulta de la buena vida y el respeto universal le habían dado un porte realmente aristocrático. En sus cuatro años había llevado la vida de un mimado sibarita, y se había tornado orgulloso y hasta egoísta, a la manera de los señores rurales, que, por su aislamiento, llegan a considerarse como el centro del universo. Pero se había salvado a sí mismo al no transformarse en un mimado perro doméstico. Las cacerías y demás placeres de la vida al aire libre le habían evitado la adiposidad y le habían endurecido los músculos; su afición al agua era a la vez un tónico y una manera de conservar la salud.

Así era Buck cuando el hallazgo de oro en Klondike (corría el otoño de 1897) arrastró a hombres de todo el mundo hacia el helado Norte. Pero Buck no leía los diarios y no sabía que Manuel, uno de los ayudantes del jardinero, era compañía poco recomendable. Manuel tenía un vicio: le gustaba jugar a la lotería china. Y además, al jugar, tenía una debilidad ruinosa: confianza en un método, cosa que lo llevaba a la perdición. Jugar siguiendo un método requiere mucho dinero y el salario de un ayudante de jardinero apenas si cubre las necesidades de una esposa y abundante familia.

El juez asistía a una reunión de la Asociación de Viñateros y los muchachos estaban

muy ocupados organizando un club deportivo la memorable noche de la traición de Manuel. Nadie lo vio llevarse a Buck a través de la huerta, en lo que el animal supuso sería un simple paseo. Y salvo un hombre solitario, nadie los vio llegar a la pequeña estación ferroviaria de College Park. Ese hombre habló con Manuel y cierta suma de dinero cambió de dueño.

—Podrías envolver la mercadería antes de entregarla —gruñó el desconocido, y Manuel pasó una gruesa cuerda por el collar de Buck.

—Tuérzala y lo dejará sin aliento —dijo Manuel, y el desconocido gruñó una afirmación.

Buck aceptó la soga con silenciosa resignación. Era una ceremonia inesperada, pero había aprendido a confiar en los hombres y a suponer que ellos tenían razones que superaban el entendimiento de un perro. Pero cuando el extremo de la cuerda pasó a manos del desconocido gruñó amenazadoramente. Insinuó apenas su descontento: en su mundo, una insinuación suya equivalía a una orden. Pero, para su sorpresa, la cuerda le ciñó el cuello, asfixiándolo. Furioso, se lanzó hacia el hombre, que le salió al encuentro, lo asió por el cuello y, con una hábil torsión de la cuerda, lo derribó por tierra y después la cuerda se ajustó fuertemente, mientras Buck luchaba enardecido, la lengua afuera, el enorme pecho subiendo y bajando inútilmente. Nunca en su vida lo habían tratado tan mal, nunca en su vida se había sentido tan salvajemente rabioso. Pero sus fuerzas se agotaron, los ojos se le pusieron vidriosos y no advirtió que, al detenerse el tren, los dos hombres lo arrojaron en el vagón de carga.

Cuando se recuperó, le dolía la lengua y tuvo la sensación de estar viajando en algún vehículo. El agudo silbato de una locomotora le hizo saber dónde estaba. Tanto había viajado con el juez que conocía perfectamente la sensación de estar en un vagón de carga. Abrió los ojos y en ellos se reflejó la incontenible ira del rey secuestrado. El hombre procuró asirlo por el cuello, pero Buck fue más rápido: sus mandíbulas se cerraron sobre la mano y no soltaron la presa hasta que la cuerda que le ceñía el cuello le hizo perder nuevamente el conocimiento.

—Sí, le dan ataques —dijo el hombre, ocultando su mano herida a las miradas del encargado del vagón, que había acudido al oír el ruido de la lucha—. Lo llevo a San Francisco por orden de mi amo. Allí hay un veterinario que cree que podrá curarlo.

Con respecto al viaje de aquella noche, el hombre habló elocuentemente en la trastienda de un bar del puerto de San Francisco:

—¡No gano más que cincuenta dólares! —refunfuñó—. ¡Ni por mil volvería a hacerlo!

Tenía la mano envuelta en un pañuelo ensangrentado y la pernera derecha del pantalón desgarrada desde la rodilla hasta el tobillo.

—¿Cuánto sacó el otro? —preguntó el tabernero.

—Ciento —fue la respuesta—. No quiso venderlo ni por un centavo menos.

—Ciento cincuenta en total —calculó el tabernero—. Y los vale o soy un idiota.

El secuestrador se quitó el sanguinolento vendaje y se miró la mano herida:

—Si no pesco la rabia...

—... será porque naciste para morir en

la horca —se burló el tabernero—. Ven, dame una mano antes de marcharte —agregó.

Aturdido, con un dolor insoportable en el cuello y la lengua, semiasfixiado por la cuerda, Buck trató de enfrentar a sus torturadores. Pero lo derribaron y le ciñeron aun más la cuerda, hasta que pudieron limarle el pesado collar. Después le quitaron la cuerda y lo encerraron en un cajón de embalar muy semejante a una jaula.

Allí pasó el resto de esa agotadora noche, destilando rabia y orgullo herido. No lograba comprender qué estaba ocurriendo. ¿Qué pretendían de él esos desconocidos? ¿Por qué lo habían encerrado en esa estrecha jaula? No sabía por qué, pero se sentía oprimido por el vago presentimiento de un desastre inminente. Varias veces durante la noche, al oír que se abría la puerta del cobertizo, se incorporó de un salto, con la esperanza de ver aparecer al juez Miller o a alguno de sus muchachos: pero era siempre la mofletuda cara del tabernero, que se asomaba y lo espiaba a la mortecina luz de una vela. Entonces, el alegre ladrido que le subía por la garganta se le transformaba en un gruñido salvaje.

Pero el tabernero no lo molestó. Y a la mañana siguiente aparecieron cuatro hombres y cargaron la jaula. "Más torturadores", pensó Buck; y realmente lo parecían, con sus toscas fachas y su ropa hecha andrajos. A través de los barrotes les ladró rabiosamente, pero ellos se limitaron a reír y, de vez en cuando, lo azuzaron con un palo que Buck intentó asir con los dientes hasta que cayó en la cuenta de que eso era precisamente lo que los hombres querían. Así, pues, se tendió sombríamente y dejó que cargaran el cajón en un carro. A partir de ese momento, él y la jaula

en la que estaba preso empezaron a pasar de mano en mano. Los empleados de la empresa de transportes se hicieron cargo de él y lo subieron a otro vagón; un camión lo condujo, con un montón de cajones y envoltorios, hasta un vapor; del vapor fue a parar a un depósito de ferrocarril. Hasta que por fin lo depositaron en un vagón expreso.

Durante dos días con sus noches, el vagón fue arrastrado por ululantes locomotoras, y durante dos días con sus noches Buck no comió ni bebió. En su furia, enfrentó con gruñidos y dentelladas los gestos amistosos de los empleados del ferrocarril, y éstos se desquitaban haciéndole burlas. Cuando se lanzaba contra los barrotes, temblando y echando espumarajos, se reían de él y lo ridiculizaban. Gruñían y ladraban como perros despreciables, maullaban y agitaban los brazos y cacareaban. Todo era muy tonto (lo advertía perfectamente): pero cuanto más tonto le parecía, mayor era el ultraje a su dignidad, y su furia crecía sin medida. No le importaba mucho el hambre, pero la falta de agua lo hacía sufrir terriblemente, y su indignación se tornaba frenesí. Nervioso y exageradamente sensible por esa causa, los malos tratos le provocaron un estado febril que se acentuaba con la inflamación de la garganta reseca y la lengua hinchada.

Sólo una cosa lo aliviaba: la cuerda ya no le ceñía el cuello. Eso les había permitido someterlo, pero ya no contaban con esa ventaja desleal y nunca más podrían volver a dominarlo. Nunca volverían a ceñirle una cuerda al cuello: estaba seguro. Durante dos días con sus noches no comió ni bebió, pero durante esos dos días y esas dos noches de tormento acumuló una cólera que presagiaba males es-

pantosos para el primero que se le pusiera al alcance de los colmillos. Los ojos se le fueron inyectando en sangre y se transformó en una verdadera bestia salvaje; estaba tan cambiado que ni el mismo juez hubiera podido reconocerlo. Los empleados del ferrocarril suspiraron con alivio cuando, en Seattle, lo descargaron del tren.

Con temor, cuatro mozos de cordel transportaron el cajón hasta un patio cerrado por una alta pared. Un hombre gordo, de tricota roja, salió al patio y firmó el recibo de la jaula. Buck intuyó que ese hombre sería su torturador y se lanzó contra el enrejado. El hombre gordo sonrió fríamente y se armó de un hacha y un garrote.

—No se le ocurrirá soltarlo ahora —preguntó con terror uno de los mozos de cordel.

—Claro que sí —respondió el hombre descargando el hacha sobre las maderas del cajón.

Los cuatro hombres que habían llevado el cajón echaron a correr como enloquecidos y, luego de trepar hasta el borde del muro, se acomodaron para gozar del espectáculo.

Buck se lanzó contra las maderas astilladas, mordiéndolas, luchando por despedazarlas. Cada vez que el filoso acero golpeaba desde afuera, allí estaba él, desde adentro, gruñendo y rugiendo, tan ansioso por salir como lo estaba el hombre de la tricota roja por sacarlo.

—¡Vamos, demonio enloquecido! —dijo el hombre cuando hubo abierto un boquete lo suficientemente grande como para permitir que pasara el cuerpo de Buck. Al mismo tiempo, dejó caer el hacha y pasó el garrote a su mano derecha.

Buck era realmente un demonio enloque-

cido cuando se preparó para saltar: tenía el pelo erizado, su boca rezumaba espuma y un brillo demencial le asomaba en los ojos inyectados en sangre. Súbitamente, sus ciento cuarenta libras de furia exaltada por la pasión de dos días y dos noches de encierro se lanzaron contra el hombre. En pleno salto, cuando sus fauces iban ya a aferrar el cuello del hombre, Buck recibió un golpe que lo detuvo en seco. Sus dientes se cerraron en un choque doloroso. Giró sobre sí mismo y cayó sobre el lomo. Nunca lo habían castigado con un garrote y no comprendió qué ocurría. Con un grito que era a la vez aullido y ladrido, volvió a la carga. Un nuevo y demoledor garrotazo lo derribó. Entonces se dio cuenta de que la causa de su dolor era el garrote, pero su furia ya no conocía límites. Doce veces cargó contra el hombre y otras tantas el garrote contuvo el ataque y lo abatió.

Después de un golpe particularmente feroz, se incorporó a duras penas, demasiado aturdido para atacar. Avanzó tambaleándose, mientras la sangre le brotaba de la nariz y las orejas y le manchaba el hermoso pelaje. El hombre se le acercó y le descargó un terrible golpe en el hocico. Todo el dolor que Buck había soportado era nada en comparación con la aguda agonía de ese ataque perverso. Con un rugido leonino se abalanzó otra vez sobre el hombre. Pero éste, luego de pasar tranquilamente el garrote a su mano izquierda, asió a Buck por debajo de las quijadas y lo sacudió hacia abajo y hacia atrás. Buck describió un círculo en el aire y fue a dar en el suelo con la cabeza y el pecho. Atacó por última vez. Entonces el hombre descargó el golpe que había reservado astutamente durante todo ese tiempo y Buck se desplomó sin sentido.

—¡Cómo sabe domar perros! —gritó entusiasmado, desde lo alto del muro, uno de los mozos de cordel.

—Druther es capaz de domar uno por día y dos los domingos —dijo otro.

Poco a poco, Buck empezó a recobrar el sentido, pero no su fuerza. Siguió tendido en el sitio donde se había desplomado y observó al hombre de la tricota roja.

—Se llama Buck —reflexionó el hombre, citando la carta con la que el tabernero le anunciaba el envío de la jaula y el perro—. Bueno, Buck: hemos peleado un poco, pero no le vale la pena que las cosas pasen a mayores. —De pronto parecía de buen humor—. Has aprendido cuál es tu lugar y yo sé perfectamente cuál es el mío. Pórtate bien y todo marchará bien. Pórtate mal y te romperé la crisma, ¿entiendes?

Mientras hablaba acarició sin temor la cabeza que había golpeado con tanta ferocidad. Buck soportó sin protestar el roce de esa mano que le ponía los pelos de punta. Pero cuando el de la tricota roja le trajo agua, bebió ávidamente. Y después devoró la generosa ración de carne cruda que aquel hombre le sirvió directamente con las manos.

Había perdido: lo sabía; pero no estaba derrotado. De una vez por todas comprendió que no tenía defensa contra un hombre armado de un garrote. Había aprendido la lección y no la olvidaría por el resto de su vida. Ese garrote era una revelación. Era su presentación en el reino de la ley primitiva y había salido a encontrarlo a mitad de camino. Las verdades de la vida habían cobrado apariencias violentas y al enfrentarlas sin acobardarse lo había hecho con toda la astucia latente en su verdadera índole. Con el correr

de los días vio llegar otros perros; unos en jaulas, como él; otros, simplemente sujetos por cuerdas; unos, dócilmente; otros, gruñendo y ladrando como él. Y a unos y a otros los vio someterse al hombre de la tricota roja. Una y otra vez, mientras presenciaba aquel brutal espectáculo, Buck asimiló la lección: un hombre con un garrote es la ley, un amo al que se debe obedecer. E incluso adular. Buck jamás incurrió en esto último, pero vio a muchos perros vencidos que trataban de ganarse el favor del hombre y meneaban la cola y le lamían la mano. Y hasta vio a un perro, que ni obedeció ni se dio por vencido, morir en la lucha por la supremacía.

De vez en cuando aparecían hombres que hablaban acaloradamente o zalameramente con el de la tricota roja. Y en tales ocasiones, cuando entregaban dinero, los desconocidos se llevaban uno o más perros. Buck se preguntaba a dónde irían, pues nunca regresaban; pero el temor al futuro lo dominaba y se sentía feliz cada vez que no era elegido.

Pero por fin le llegó el turno encarnado en un rugoso hombrecito que escupía un derrengado inglés entre muchas y torpes exclamaciones que Buck no lograba comprender.

—¡Recristo! —exclamó cuando sus ojos se fijaron en Buck—. ¡Esto ser perro buena cría! Eh: ¿cuánto costar?

—Trescientos. Y es un regalo —fue la rápida contestación del hombre de la tricota roja—. Y ya que pagas con plata del gobierno, no irás a quejarte, ¿eh, Perrault?

Perrault sonrió. Considerando que el precio de los perros andaba por las nubes, aquélla no era una suma exorbitante por un animal tan bueno. El gobierno canadiense no perdería

nada, ni su correspondencia andaría más lentamente. Perrault era experto en la materia y al ver a Buck comprendió que se trataba de uno entre mil. "Uno entré mil", reflexionó para sus adentros.

Buck vio que cierta cantidad de dinero pasaba de uno a otro de los hombres, y no se sorprendió cuando él y Curly, una simpática Terranova, se marcharon con el hombrecito rugoso. Fue ésa la última vez que vieron al hombre de la tricota roja. Y una última melancólica mirada a la ciudad de Seattle desde la cubierta del *Narwhal* fue también la despedida de ambos al templado sur. Perrault condujo a los perros bajo cubierta y los entregó a un gigante de tez oscura llamado François. Perrault era francocanadiense y bastante moreno, pero François era un mestizo francocanadiense mucho más moreno aún. Para Buck se trataba de una clase de hombres completamente nueva (de los que vería muchos más) y, si bien no llegó a sentir afecto por ellos, llegó empero a respetarlos sinceramente. No tardó en comprender que Perrault y François eran hombres justos, calmos e imparciales para administrar justicia, y harto inteligentes como para dejarse engañar por un perro.

En el entrepuente del *Narwhal*, Buck y Curly se encontraron con otros dos perros. Uno era enorme y blanco como la nieve, procedía de Spitzbergen, de donde lo había sacado el capitán de un ballenero al que después había acompañado en una expedición geológica a las islas Barrens. Era cordial, pero traicionero: sonreía y, mientras tanto, no cesaba de tramar barrabasadas, como aquella vez, por ejemplo, en que robó parte de la cena de Buck, la primera que comían a bordo. En el mismo mo-

mento en que Buck se lanzaba a castigarlo, el látigo de François silbó en el aire y cayó sobre el culpable con tanta contundencia que lo único que tuvo que hacer Buck fue recoger el hueso. Buck resolvió que el mestizo se había portado correctamente y le cobró más respeto.

El otro perro no le prestaba atención a nadie ni trataba de robar la comida de los recién llegados. Era hosco y solitario, y le demostró claramente a Curly que quería que lo dejaran en paz y que habría riña si no lograba su propósito. Se llamaba Dave y se pasaba el día durmiendo, comiendo y bostezando, sin interesarse en nada, ni siquiera cuando el *Narwhal* cruzó el estrecho de la Reina Carlota y empezó a agitarse y a dar cabezadas como un poseso. Cuando Buck y Curly, enloquecidos de terror, comenzaron a mostrarse nerviosos, Dave se limitó a erguir la cabeza, como fastidiado, los miró con indiferencia, bostezó y siguió durmiendo.

Día y noche el barco avanzó impulsado por el continuo latir de sus máquinas, y aunque todas las jornadas eran iguales, Buck pronto advirtió que hacía cada vez más frío. Por fin, una mañana, la hélice se detuvo y una extraña agitación señoreó el *Narwhal*. Los perros sintieron aquello y se dieron cuenta de que se avecinaba un nuevo cambio. François les colocó las correas y los llevó a cubierta. Al dar el primer paso sobre la fría superficie, las patas de Buck se hundieron en algo blanco y pegajoso semejante al barro. Saltó hacia atrás dando un gruñido. Esa misma sustancia blanca caía desde arriba. Se sacudió, pero caía más y más. La olfateó; después probó un poco con la lengua. Ardía como fuego, pero desaparecía

al instante. Repitió la experiencia y el resultado fue el mismo. Los hombres que lo miraban se descostillaron de risa y Buck se sintió avergonzado, sin saber por qué: era la primera vez que veía nieve.

II LA LEY DEL GARROTE Y DEL COLMILLO

El primer día de Buck en la playa de Dyea fue como una pesadilla. Cada hora estaba cargada de lo inesperado. De golpe lo habían arrancado de un mundo civilizado y lo habían lanzado al corazón de las cosas primitivas. La vida ya no era indolente y soleada, sin nada más que hacer que dormir y aburrirse. Ahora no había ya paz ni descanso, ni siquiera seguridad. Todo era confusión y actividad, y no pasaba instante sin que la vida o una pata corrieran peligro. Había que mantenerse alerta todo el tiempo, pues aquellos hombres y aquellos perros no eran hombres ni perros civilizados. Todos eran salvajes, los unos y los otros, y no conocían más ley que la del garrote y el colmillo.

Jamás había visto que los perros pelearan como peleaban esas fieras, y su primera experiencia le reportó una lección inolvidable. A decir verdad, se trató de una experiencia ajena, pues de lo contrario no habría vivido para aprovecharla. Curly fue la víctima. Habían acampado cerca de la cabaña que servía de almacén cuando Curly, con su habitual cordialidad, se acercó a un husky¹ del tamaño de un lobo adulto, pero cuyo peso era apenas

¹Husky: perro de las regiones árticas. (N. del T.)

la mitad del de ella. No hubo advertencia, sino una embestida fulminante, un metálico chocar de dientes, una huida igualmente rápida: y el rostro de Curly quedó desgarrado desde un ojo hasta la boca.

Era la manera de pelear de los lobos: atacar y huir. Pero era, también, algo más. Treinta o cuarenta huskies se acercaron a la carrera y en atento y silencioso círculo rodearon a los combatientes. Buck no comprendió aquel tenso silencio, ni tampoco la ansiedad con que se relamían los huskies. Curly cargó sobre su adversario, que le lanzó otra dentellada y saltó hacia un costado. El husky enfrentó con el pecho la siguiente acometida de Curly y, con un extraño movimiento, la derribó. Curly jamás volvió a incorporarse. Esa caída era lo que esperaba el acechante círculo de perros. Ladrando y gruñendo se abalanzaron sobre Curly, que desapareció, con lastimeros aullidos, bajo una masa de cuerpos feroces.

Tan súbito e inesperado fue todo que Buck quedó desconcertado. Vio que Spitz sacaba su roja lengua, tal como lo hacía al reírse, y vio que François, hacha en mano, saltaba en medio de la jauría. Tres hombres armados de garrotes lo ayudaron a espantar los perros. No les llevó mucho tiempo. Al cabo de dos minutos, el último de los atacantes de Curly se había retirado con el rabo entre las piernas. Pero la pobre perra yacía sin vida, prácticamente destrozada; junto a ella el mestizo maldecía violentamente. Durante muchos días, aquella escena turbó el sueño de Buck. ¡Así se luchaba, pues! Nada de juego limpio. No había piedad para el que caía. Spitz sacó la lengua y volvió a reír. Y desde entonces Buck lo odió implacablemente.

Antes de que se hubiera recuperado de la sorpresa que le causó la trágica muerte de Curly, Buck recibió otra. François le envió un aparejo hecho con cuero y hebillas. Era un arnés semejante a los que había visto que los caballerizos uncían a los caballos, allá en casa del juez Miller. Y de la misma forma que había visto trabajar a los caballos, así tuvo que trabajar él, arrastrando a François y su trineo hasta el bosque que orillaba el valle, y regresando con leña para el fuego. Aunque se sentía ofendido al verse tratado como bestia de carga, ya era lo bastante prudente como para no rebelarse. Puso en la tarea su mejor voluntad, a pesar de que todo le resultaba nuevo y extraño. François era duro, exigía obediencia absoluta y la conseguía con ayuda del látigo Dave, que era un experimentado perro de tiro, lanzaba mordiscos a las patas traseras de Buck cada vez que éste se equivocaba. Spitz, que iba adelante y era igualmente experimentado, si bien no podía alcanzar a Buck, gruñía su agudo reproche de vez en cuando o arrojaba astutamente su peso hacia el camino para lograr que Buck siguiera la dirección debida. Buck aprendió rápidamente; con la tutela combinada de François y sus dos compañeros hizo extraordinarios progresos. Cuando regresaron al campamento ya sabía que "¡so!" significaba detenerse, que "¡jarre!" quería decir avanzar, y que era menester tomar las curvas bien abiertas y mantenerse lo más lejos posible del perro de varas cuando el cargado trineo se lanzaba cuesta abajo.

—Trrres buenos pegros —comentó François a Perrault—. Ese Buck tiga más fuegte que el diablo. Aprengdió bastante grápido.

Esa tarde, Perrault, que tenía prisa para

entregar su correspondencia, retornó con dos perros más. Billee y Joe se llamaban. Eran hermanos y legítimos huskies. Aunque hijos de la misma madre, eran tan distintos como el día y la noche. El único defecto de Billee era su excesivo buen humor, en tanto que Joe era todo lo contrario: hosco y poco demostrativo, gruñía sin cesar y tenía mirada maligna. Buck los recibió amistosamente, Dave los ignoró y Spitz se dedicó a pelear primero con uno y después con el otro. Billee meneó conciliadoramente la cola, pero huyó despavorido al advertir que su cordialidad no servía y lloró desconsolado cuando los dientes de Spitz se le clavaron en el flanco.

Pero por más que Spitz giró en torno de Joe, éste siempre le hizo frente: erizado el pelo, las orejas echadas hacia atrás, enseñando los dientes y con los ojos brillándole diabólicamente, era la encarnación del terror beligerante. Tan terrible resultaba su aspecto que Spitz se vio obligado a dejarlo en paz y se desquitó persiguiendo al inofensivo Billee hasta el límite del campamento.

Al atardecer, Perrault apareció con otro perro, un husky viejo, alto, escuálido y demacrado, con el rostro surcado por cicatrices de antiguas batallas, y un solo ojo que parecía proclamar hazañas dignas de respeto. Se llamaba Sol-leks, que significa "el iracundo", y, lo mismo que Dave, no pedía nada, no daba nada, no aguardaba nada. Cuando se incorporó tranquilamente al grupo de perros, hasta Spitz lo dejó en paz. Tenía una peculiaridad que Buck, para su desgracia, no tardó en descubrir: no le gustaba que se le acercaran por el lado de su ojo ciego. Buck lo hizo sin darse cuenta y tuvo el primer indicio de su indis-

creción cuando Sol-leks se volvió repentinamente hacia él, y, de una terrible dentellada, le desgarró el pecho. Desde aquel momento evitó acercársele por el lado del ojo ciego y nunca más en su vida volvió a tener dificultades con él. Como Dave, la única ambición de Sol-leks era que lo dejaran en paz; aunque, como Buck habría de saberlo después, todos tenían otra, mucho más vital.

Aquella noche Buck tuvo que enfrentar el problema de dormir. La tienda, iluminada por una vela, resplandecía acogedoramente en la planicie helada. Y cuando él entró, tanto Perrault como François lo acribillaron con maldiciones y cacerolas hasta que, recuperado de la sorpresa inicial, huyó ignominiosamente hacia el frío. Soplaban un viento helado que lo mordía con especial intensidad en el hombro herido. Se tendió en la nieve y trató de dormir, pero el frío lo obligó a incorporarse. Tembloroso y desesperado, vagó sin consuelo por entre las tiendas, sólo para descubrir que cualquier lugar parecía más frío que el anterior. Aquí y allá se topó con perros salvajes, pero les hizo frente erizando los pelos y gruñendo con todas sus fuerzas (pues estaba aprendiendo rápidamente), y lo dejaron pasar sin molestarlo.

Por fin se le ocurrió una idea. Regresaría y vería cómo se las arreglaban sus compañeros de equipo. Para su sorpresa, todos habían desaparecido. Recorrió el campamento, buscándolos, hasta que se encontró nuevamente en el punto de partida. ¿Estarían en la tienda? No, no podía ser; de lo contrario, a él no lo habrían expulsado. Entonces, ¿dónde? Con el rabo entre las piernas y temblando tristemente, empezó a girar en torno de la tienda. De

pronto, la nieve cedió a su paso y sintió que se hundía. Algo se movió bajo sus patas. Retrocedió de un salto, crispado y gruñendo, lleno de temor ante lo invisible y lo desconocido. Pero un gemido amistoso le dio valor y se acercó para investigar. Una vaharada cálida subió hasta su hocico: allí, hecho un ovillo bajo la nieve, yacía Billee, que gimió nuevamente, se agitó para demostrar su buena voluntad e intenciones, y hasta osó, como concesión para la paz, lamer con su tibia lengua húmeda el rostro de Buck.

Otra lección: de modo que así lo hacían ¿eh? Buck eligió un sitio y con muchos aspavientos y derroche de esfuerzos se cavó un hueco. En seguida el calor de su cuerpo llenó aquel reducido espacio y Buck se quedó dormido. El día había sido largo y arduo, y Buck durmió profunda y cómodamente, aunque ladró y gruñó y luchó con pesadillas.

No abrió los ojos hasta que lo despertaron los ruidos del campamento. Al principio no supo dónde se hallaba. Había nevado durante la noche y estaba totalmente sepulto. Las capas de nieve lo aprisionaban por todas partes y un terrible miedo lo abrumó: el miedo del animal salvaje a caer en la trampa. Era un indicio de que estaba remontando, a través de su vida, la vida de sus antepasados, ya que por ser un perro civilizado no conocía trampa alguna y, por lo tanto, no podía temerlas. Los músculos de todo el cuerpo se le contrajeron espasmódica e instintivamente, se le erizó el pelo del cuello y del lomo y, con un feroz rugido, saltó hacia arriba para encontrarse con la deslumbrante luz del día mientras la nieve volaba y lo envolvía como una nube refulgente. Antes de que sus patas volvieran

a tocar el suelo vio el blanco campamento desplegado frente a él y recordó cuanto le había ocurrido desde que había cavado un agujero la noche anterior.

Con un grito, François saludó su aparición:

—¿Qué dije? —bramó dirigiéndose a Perrault—. ¡Ese Buck lo aprende todo grápido!

Perrault asintió, muy serio. Como correo del gobierno canadiense encargado de despachos importantes, deseaba asegurarse los mejores perros y estaba particularmente contento por ser el dueño de Buck.

En el término de una hora tres nuevos huskies se incorporaron al equipo, integrado en total por nueve animales, y antes de otro cuarto de hora todos tenían puestos los arneses y enfilaban el sendero que conduce al desfiladero de Dyea. Buck se alegró de marchar y, aunque el trabajo era duro, no le pareció intolerable. Se sorprendió al descubrir que la animación que dominaba a todo el equipo se le había contagiado; pero más sorprendente todavía era el cambio operado en Dave y en Sol-leks. Eran perros nuevos totalmente transformados por el arnés. Habían perdido toda pasividad e indiferencia. Se mantenían atentos y activos, ansioso de que el trabajo anduviera bien, y se irritaban fácilmente cuando alguna confusión o algún error demoraba la marcha. El trabajo en la ruta parecía la aspiración suprema de sus vidas, lo único que valía la pena, lo único que les daba satisfacción.

Dave era el perro de varas; delante de él iba Buck y después Sol-leks. El resto del equipo se alineaba en fila india, con Spitz a la cabeza. A Buck lo habían puesto entre Dave

y Sol-leks para que aprendiera. Si él era un discípulo aplicado, igualmente aplicados eran sus maestros, que nunca le permitían equivocarse dos veces y que reforzaban sus enseñanzas con sus agudos colmillos. Dave era hábil y muy justo; nunca mordía a Buck sin motivo, pero no le perdonaba el menor error. Como el látigo de François siempre daba la razón a Dave, Buck decidió que era más fácil enmendarse que buscar el desquite. Cierta vez, cuando luego de una breve escala se enredó en los tiros y demoró la partida, tanto Sol-leks como Dave se le echaron encima y le dieron una buena tunda. El enredo resultante fue mucho peor, pero Buck procuró mantenerse a distancia de las riendas y al cabo del día había dominado tan bien su trabajo que sus compañeros cesaron de hostigarlo. El látigo de François restallaba con menos frecuencia y Perrault hasta llegó a honrar a Buck examinándole cuidadosamente los pies.

Costó un día de pesado trabajo recorrer el desfiladero, pues hubo que cruzar el Campo de las Ovejas, la cadena de cuchillas y la línea de bosques a través de glaciares y ventisqueros de enorme profundidad y superar la cordillera de Chilkoot, que divide el agua salada de la dulce y guarda celosamente el triste y desolado Norte. Marcaron muy buenos tiempos mientras flanqueaban la cadena de lagos que llenan los cráteres de volcanes extinguidos, y muy avanzada la noche arribaron a un amplio campamento del lago Bennett, donde miles de buscadores de oro se dedicaban a construir embarcaciones en previsión del deshielo de primavera. Buck cavó un agujero en la nieve y durmió el sueño del agotamiento, pero a la mañana siguiente muy temprano lo saca-

ron de su cobijo y lo engancharon otra vez al trineo con el resto de sus compañeros.

Ese día alcanzaron a cubrir sesenta kilómetros, pues el sendero era firme; pero al día siguiente y durante varios días tuvieron que trabajar más rudamente, abriendo ellos mismos el sendero, y avanzar a duras penas. Por lo general, Perrault iba adelante, aplastando la nieve con sus anchas botas para facilitar la faena de los perros. François, que guiaba el trineo, solía relevarlo de vez en cuando. Perrault tenía prisa y se jactaba de su pericia en el hielo, pericia indispensable ya que el hielo otoñal era muy delgado; además, en los lugares donde las aguas eran de torrente, no había siquiera rastros de hielo. Día tras día, a lo largo de días interminables, Buck se afanó sobre la ruta. Siempre partían mientras era aún de noche y el primer resplandor del alba los sorprendía en viaje y con varias millas de camino ya recorridas. Y siempre hacían alto después de caer la noche, para comer un trozo de pescado y echarse a dormir en los cobijos cavados en la nieve. Buck estaba famélico. La libra y media de salmón seco que era su ración de cada día parecía esfumarse, nunca le bastaba y constantemente padecía dolores provocados por el hambre. Sin embargo, los otros perros, que eran más livianos y se habían habituado a esa vida, recibían sólo una libra y se las arreglaban para mantenerse en buen estado físico.

Buck perdió rápidamente la delicadeza que había caracterizado su existencia de otrora. Como era lento para comer, sus compañeros terminaban antes que él y lo despojaban de su inconclusa ración. No tenía cómo defenderse: mientras peleaba con dos o tres, la

comida desaparecía por las fauces de los demás. No le quedó más remedio que devorar tan de prisa como los otros. Y tanto lo acució el hambre que llegó a apoderarse de lo que no le pertenecía. Observaba y aprendía. Cierta vez sorprendió a Pike, uno de los perros nuevos, ladrón descarado y astuto, robando un trozo de tocino mientras Perrault le daba la espalda. Al día siguiente emuló esa hazaña y logró apoderarse de todo el tocino. Se armó un revuelo indescriptible, pero nadie sospechó de él; en cambio Dub, ladronzuelo torpe al que siempre pillaban, fue castigado por la fechoría de Buck.

Ese primer delito demostró que Buck era apto para sobrevivir en el hostil ambiente del Artico. Demostró su adaptabilidad, su capacidad de acomodarse a los cambios, condición cuya falta hubiera significado una rápida y terrible muerte. Demostró, además, la declinación, o mejor aún, la ruina de su moralidad, algo superfluo y una desventaja en la despiadada lucha por la existencia. Todo eso estaba muy bien en el Sur, donde imperaban la ley del amor y el compañerismo, el respeto de la propiedad privada y de los sentimientos personales. Pero en el Artico, bajo la ley del garrote y del colmillo, quien tomaba en cuenta tales cosas era un tonto y mientras actuara de acuerdo con ellas no podría prosperar.

No es que Buck razonara así. Era apto, eso es todo, e inconscientemente se adaptó a su nueva vida. Fueran cuales fueren las desventajas, jamás había rehuido una pelea, pero el garrote del hombre de la tricota roja le había enseñado el código más elemental, más primitivo. En su existencia civilizada hubiera podido morir por una cuestión meramente

moral; por ejemplo, la defensa del rebenque del juez Miller; pero su total retorno al primitivismo se evidenciaba ahora en su habilidad para rehuir la defensa de una consideración moral con tal de salvar el pellejo. No robaba por placer, sino porque el estómago se lo exigía. No robaba abiertamente, sino con astucia y en secreto, por el respeto que sentía hacia el garrote y el colmillo. En resumen, las cosas que hacía las hacía porque era más fácil hacerlas que no hacerlas.

Su aprendizaje (o su regresión) fue veloz. Sus músculos se volvieron duros como el acero y su físico inmune al dolor común. A la economía de su cuerpo siguió la economía de sus vísceras. Podía comer cualquier cosa, por repugnante o indigesta que fuese, y una vez comida los jugos de su estómago extraían de ella hasta la última partícula nutritiva y su sangre la llevaba a los lugares más recónditos de su cuerpo, donde se transformaba en tejidos fuertes y resistentes. Su vista y su olfato se agudizaron y su oído llegó a ser tan fino que podía oír cualquier sonido, aun mientras dormía, y discernir si era anuncio de paz o de peligro. Aprendió a desprender con los dientes el hielo que se le acumulaba entre los dedos, y cuando tenía sed y el agua estaba cubierta por el hielo solía quebrar esa costra golpeándola con las patas delanteras. El rasgo que lo destacaba era su habilidad para prever con una noche de anticipación el rumbo del viento. Nada importaba que no soplara la más leve brisa cuando cavaba su cobijo junto a un árbol o en un banco de nieve; el viento que después soplabá lo hallaba siempre bien guarecido y abrigado.

Y no sólo aprendió por experiencia; sus

instintos, adormecidos desde hacía mucho tiempo, revivieron. Olvidó rápidamente sus generaciones domesticadas. En cierta forma retornó a la juventud de la especie hasta llegar a la época en que los perros salvajes rondaban en manadas por la selva primitiva y cazaban su sustento a medida que avanzaban. No le resultó difícil aprender a pelear con empujones y mordiscos y con las veloces dentelladas de los lobos. Así habían peleado sus olvidados antepasados. Súbitamente se encontró con que algo en él latía más de prisa y que toda una serie de mañas hereditarias y nunca aprendidas le afloraban como por arte de magia. Las adoptó sin esfuerzo, como si siempre hubieran sido suyas. Y cuando en las noches quietas y frías dirigía el hocico hacia alguna estrella y aullaba como un lobo, eran sus antepasados, muertos y ya convertidos en polvo, los que dirigían el hocico a las estrellas y aullaban a través de los siglos. Y las cadencias de Buck eran las cadencias de ellos, las cadencias con que expresaban su pena y el significado que para ellos tenían el silencio, el frío y la oscuridad.

Así, como prueba de lo poco que vale la educación, la antigua canción vibró en él, y Buck tornó a ser lo que debía ser. Y tornó a ser lo que debía ser porque los hombres habían descubierto un metal amarillo en el Ártico. Y porque Manuel era un ayudante de jardinero que ganaba apenas lo suficiente para abastecer las necesidades de su mujer y de varias réplicas de él mismo.

III- LA DOMINANTE BESTIA PRIMITIVA

La bestia primitiva predominaba en Buck, y bajo las terribles condiciones de la vida en las regiones árticas no hizo más que crecer y crecer. Pero era un crecimiento secreto. Su recién adquirida astucia le había dado equilibrio y control. Estaba demasiado ocupado en acomodarse a su nueva vida como para sentirse a sus anchas y no sólo se cuidaba de las riñas, sino que las evitaba abiertamente. Una cierta premeditación caracterizaba su actitud. No era propenso a la temeridad y a las acciones precipitadas; en su ciego odio contra Spitz, nunca se dejó arrastrar por la impaciencia y evitó todo acto ofensivo.

Por otra parte, acaso por presentir en Buck a un poderoso rival, Spitz no perdió ocasión de provocarlo. Hasta llegó a salirse de su camino para intimidarlo, siempre con la intención de arrastrarlo a la pelea que sólo concluiría con la muerte de uno de los dos.

Tal combate podría haberse librado al principio del viaje de no haber sido por un extraño accidente. Al final de un día de marcha habían levantado un mísero campamento a orillas del lago Le Barge. La fuerte nevada, un viento que cortaba como navaja y la oscuridad los habían obligado a buscar a tientas un sitio donde acampar. No les podía haber ido peor. A sus espaldas se levantaba una perpendicular pared de roca, y Perrault y François no tuvieron más remedio que en-

cender su fuego y tender sus mantas sobre el hielo del lago. La tienda la habían dejado en Dyce, para viajar con menos peso. Unas pocas astillas les permitieron encender un fuego que no tardó en derretir el hielo, obligándolos a cenar a oscuras.

Buck cavó su cobijo junto a la pared que servía de reparo. Le resultó tan cálido y cómodo que debió hacer un esfuerzo para abandonarlo cuando François distribuyó el pescado que previamente había descongelado sobre el fuego. Pero cuando concluyó la comida y tornó a su cobijo lo halló ocupado. Un agresivo gruñido le advirtió que el intruso era Spitz. Buck había evitado siempre los encuentros con su enemigo, pero esta vez la cosa pasaba de lo tolerable. La bestia que había en él clamaba venganza. Saltó sobre Spitz con una furia que los sorprendió a ambos, sobre todo a Spitz, pues la experiencia con Buck le había enseñado que su rival era un perro extraordinariamente tímido que había logrado sobrevivir gracias a su gran volumen y peso.

También François se sorprendió al verlos saltar, hechos un ovillo, del cubil destruido, pero adivinó la causa de la pelea.

—¡Ah-a-ah! —gritó a Buck—. ¡Castígallo, qué diablos! ¡Castiga a ese sucio ladrrrón!

Spitz estaba igualmente dispuesto a la pelea. Aullaba con rabia y ansiedad, y giraba buscando el momento de atacar. Buck no estaba menos preparado ni menos circunspecto mientras caracoleaba en procura de su oportunidad. Y entonces sucedió lo imprevisto, algo que durante muchas y pesadas millas de viaje y trabajo postergó la lucha por el predominio.

Una maldición de Perrault, el seco impacto de un garrote en un cuerpo huesudo y

un penetrante chillido de dolor fueron el comienzo del pandemonio. De pronto, el campamento se llenó de furtivas formas peludas: famélicos huskies, ciento por lo menos, que habían oído el campamento desde alguna aldea india. Se habían acercado mientras Buck y Spitz se disponían a combatir, y cuando los dos hombres se lanzaron sobre ellos con pesados garrotes mostraron los dientes y devolvieron el ataque. El aroma de la comida los había enloquecido. Perrault halló a uno con la cabeza sumergida en el cajón de provisiones. Su garrote descendió con fuerza brutal sobre las flacas costillas y el cajón de provisiones rodó al suelo. Al instante, unas veinte bestias hambrientas se abalanzaron sobre el pan y el tocino. Los garrotes caían sobre ellas desde todas partes. Y ellas ladraban y aullaban bajo la lluvia de golpes. Pero siguieron luchando ciegamente, hasta devorar la última miga.

Entretanto, los asombrados perros del equipo salían de sus cobijos sólo para ser atacados por los feroces invasores. Buck nunca había visto perros como éstos. Parecía que las costillas iban a atravesarles la piel. Eran puramente esqueletos, apenas envueltos en arrugados pellejos, de ojos llameantes y afiladísimos colmillos. Pero la locura del hambre los tornaba espantosos e irresistibles. Los perros del equipo debieron retroceder hasta la pared de roca ante la primera carga. Buck fue acorralado por tres de ellos y en un santiamén tuvo la cabeza y el lomo llenos de desgarrones y heridas. La barahúnda era terrible. Billee, como de costumbre, lloraba. Dave y Sol-leks, chorreando sangre por múltiples heridas, luchaban valerosamente el uno al lado del otro. Joe lanzaba mordiscos, convertido en un de-

monio; de pronto, alcanzó en la pata delantera a uno de los atacantes y se la mordió hasta el hueso. Pike, el ladrón, se echó sobre la derrengada bestia y de un veloz tarascón le quebró el cuello. Buck atrapó por el pescuezo a un baboso adversario y se bañó en sangre al cercenarle la yugular con los dientes. Ese tibio sabor pareció estimular su ferocidad. Se abalanzó sobre otro y en ese instante sintió que unos colmillos se le clavaban en el cuello. Era Spitz, que lo había atacado a traición.

Después de haber rechazado a los invasores, Perrault y François acudieron a socorrer a sus propios perros. La salvaje oleada de animales hambrientos retrocedió ante ellos y Buck pudo liberarse. Pero fue sólo por un instante. Los hombres debieron ocuparse de poner a salvo las provisiones, de modo que los huskies tornaron al ataque contra el equino. Billee, con el valor que da la desesperación, rompió a dentelladas aquel salvaje círculo y huyó por sobre el hielo. Pike y Dub lo siguieron de cerca, y casi en seguida todos los demás. En el momento en que se disponía a seguirlos, Buck advirtió con el rabillo del ojo que Spitz saltaba hacia él con evidente intención de derribarlo. Una vez caído en medio de la jauría no le hubiera quedado esperanza de sobrevivir; pero se afirmó sobre las patas, resistió la embestida y huyó a la carrera por el hielo tratando de alcanzar a sus compañeros.

Después, los nueve perros del equipo se reunieron y buscaron un refugio en el bosque. Aunque no los habían perseguido, su estado era lamentable. No había ninguno que no tuviera por lo menos cuatro o cinco heridas, y las heridas de algunos eran de grave-

dad. Dub tenía un tajo muy feo en la pata trasera; Dolly, la última husky incorporada al equipo en Dyea, había sufrido un gran desgarrón en el cuello y Joe había perdido un ojo. Billee, el bondadoso, con una oreja hecha trizas, gritó y aulló durante toda la noche.

Al despuntar el día todos retornaron tristemente al campamento para hallar que los invasores se habían retirado y que los dos hombres estaban de muy mal humor. La mitad de las provisiones había desaparecido. Además, los salvajes huskies habían roído las riendas del trineo y la cubierta de lona. Nada que fuera remotamente comestible se les había escapado. Se habían comido incluso un par de mocasines de Perrault, trozos de riendas y medio metro del látigo de François. Este abandonó su triste contemplación para ocuparse de los perros:

—¡Ah, mis amigos! —exclamó suavemente—. Tal vez algunos contraigan la rabia, con tantas heridas. Tal vez todos, ¡demonios! ¿Qué piensas, Perrault?

El estafetero meneó dubitativamente la cabeza. Quedaban cuatrocientas millas de camino para llegar a Dawson y mal podía permitir que la rabia se declarara entre sus perros. Después de dos horas de trabajo y maldiciones lograron arreglar los arneses. El maltrecho equipo prosiguió la marcha, avanzando dificultosamente sobre el más difícil tramo de camino que habían encontrado hasta ese momento y el más terrible entre ellos y Dawson.

El río Thirty Miles no se había congelado. Sus aguas torrentosas desafiaban el frío, y el hielo sólo se formaba en las orillas y en

los remansos. Esas terribles treinta millas demandaron seis días de trabajo agotador; cada paso representaba un peligro de muerte tanto para los hombres como para los perros. Una docena de veces, Perrault, que iba al frente, sintió que el hielo se hundía bajo sus pies y se salvó gracias a la larga pértiga que empuñaba y que sostenía de manera tal que quedara atravesada en los agujeros hechos por su cuerpo. Pero soplaban un viento gélido y el termómetro marcaba veinte grados bajo cero; así pues, cada vez que caía al agua Perrault se veía obligado a encender fuego y a secarse la ropa para poder salvar la vida.

Nada lo detenía. Precisamente porque nada lo detenía había sido elegido como estafetero del gobierno canadiense. Afrontaba cualquier riesgo, dando cara al viento y trabajando de la mañana a la noche. Recorrió los peligrosos bordes del lago sobre una delgada capa de hielo que crujía bajo los pies y en la cual no se atrevieron a hacer alto. En cierta oportunidad se hundió el trineo con Dave y Buck, y los dos estaban semihelados y casi ahogados cuando lograron sacarlos del agua. Hubo que encender fuego para salvarlos: estaban cubiertos de hielo y para que se descongelaran los obligaron a correr en torno del fuego, pero tan cerca de él que las llamas alcanzaron a chamuscarles el pelo.

En otra ocasión fue Spitz el que se hundió arrastrando consigo a todo el equipo hasta llegar a Buck, que clavó sus patas en el resbaladizo borde del hielo y aguantó con todas sus fuerzas; detrás de él aguantó también Dave, y detrás del trineo aguantó François, con los talones clavados en el suelo, de

tal manera que le pareció que se le cortaban los tendones.

Otra vez, el hielo de la costa se quebró adelante y detrás del trineo, y no hubo más escapatoria que ascender por la pared de roca. Perrault consiguió treparla por milagro mientras François oraba para que ese milagro se cumpliera. Por medio de los arneses convertidos en larga cuerda los perros fueron izados, uno por uno, hasta el borde del precipicio. Después de izar el trineo y la carga, ascendió también François. Hubo que buscar un sitio por donde bajar de nuevo, también con ayuda de la cuerda. Y la noche los halló otra vez a orillas del río, sin que hubieran logrado avanzar más que un cuarto de milla en todo el día.

Al llegar a Hootalinqua, donde el hielo era sólido, Buck estaba extenuado. Los demás perros se encontraban en idéntico estado. Perrault, para recuperar el tiempo perdido, los obligaba a marchar de sol a sol. El primer día cubrieron treinta y cinco millas hasta el río Big Salmon; al siguiente, otras treinta y cinco más hasta el Little Salmon, y al tercer día, cuarenta millas, con lo cual se acercaron bastante al Five Fingers.

Las patas de Buck no eran tan resistentes como las de un husky. Las suyas se habían suavizado a través de muchas generaciones desde que su más remoto y salvaje antecesor había sido domado por el hombre de las cavernas. Durante el día renqueaba y una vez levantado el campamento se tendía como muerto. Por más hambre que tuviera no se levantaba para recibir su ración de pescado y François debía alcanzársela. Además, François masajeaba todas las noches las patas

de Buck y llegó a sacrificar la parte alta de sus mocasines para hacerle unos a Buck. Eso alivió mucho al perro, y hasta el hosco Perrault echó a reír una mañana, cuando François se olvidó de calzar a Buck y éste se quedó tendido sobre el lomo, agitando las patas en el aire y negándose a dar siquiera un paso sin los mocasines. Con el andar del tiempo sus patas se endurecieron y aquel rudimentario calzado fue descartado para siempre. Cierta mañana en que se hallaban a orillas del Pelly enganchando para el viaje, Dolly, que nunca se había distinguido por nada, se volvió rabiosa. Con un prolongado aullido de lobo que estremeció a todos los perros anunció su estado y después se abalanzó sobre Buck. Este nunca había visto un perro rabioso ni tenía razón alguna para temer la hidrofobia; empero, se dio cuenta de que era algo horrible y, dominado por el pánico, huyó de la perra. Corrió a toda velocidad, con Dolly pisándole los talones. Su miedo era tan grande que la perra no consiguió alcanzarlo. Buck atravesó a ciegas la espesura de la isla, rumbo a los bajíos, cruzó un helado canal en dirección a otra isla, alcanzó una tercera, enfiló hacia el río y, en su desesperación, se lanzó a surcarlo. Durante todo ese tiempo, aunque no se volvió a comprobarlo, supo que la perra lo seguía a menos de un brinco. A lo lejos oyó la voz de François, que lo llamaba, y bruscamente viró con la esperanza de que el mestizo podría salvarlo. François blandía un hacha y apenas Buck pasó junto a él, como una exhalación, el hacha se abatió sobre la cabeza de la pobre Dolly.

Tambaleante, exhausto, desvalido, Buck

se acercó al trineo. Era la oportunidad que esperaba Spitz, que saltó y hundió dos veces sus colmillos en el flanco del desamparado enemigo, causándole profundas heridas. En aquel mismo momento el látigo de François descendió con fuerza terrible y Buck tuvo la satisfacción de ver que Spitz recibía el peor castigo hasta entonces propinado a cualquier perro del equipo.

—Es un demonio ese Spitz —comentó Perrault—. Un día matará a Buck.

—Pero Buck vale por dos diablos —fue la respuesta de François—. Dugante todo este tiempo lo vengo obseguando y estoy seguro. Escucha: un día Buck se enojará de vergas y masticará a Spitz y lo escupirá sobre la nieve. Tenlo por seguro, yio lo sé.

Desde entonces, la guerra quedó declarada entre los dos perros. Spitz, como líder y amo reconocido del equipo, presintió que su predominio estaba amenazado por ese extraño perro de las tierras del sur. Y para él Buck era realmente extraño, pues de los muchos perros del sur que había conocido ninguno demostraba capacidad para sobrevivir en aquellas regiones. Todos eran hartamente blandos y morían a causa del agotamiento, el frío y la falta de suficiente comida. Buck era la excepción. Había resistido y prosperado hasta ponerse a la altura de los perros-lobos en cuanto a fortaleza, ferocidad y astucia. Además, era un perro dominador y el hecho de que el garrote del hombre de la tricota roja le hubiese quitado toda ciega temeridad en el anhelo del predominio lo hacía aún más peligroso. Era especialmente astuto y capaz de aguardar el momento oportuno con

una paciencia que era nada menos que la primitiva.

Inevitablemente, la lucha por el predominio habría de presentarse alguna vez. Buck la deseaba, porque estaba en su naturaleza, porque se había apoderado de él ese incomprensible orgullo del sendero y los arneses, ese orgullo en razón del cual los perros siguen trabajando hasta echar el postrer aliento, ese orgullo que los impulsa a morir satisfechos mientras arrastran un trineo y que les destroza el corazón si son separados del equipo. Tal era el orgullo que sentía Dave como perro de tiro, y el de Sol-leks cuando se esforzaba al máximo: el mismo orgullo que los dominaba a todos al levantar campamento y los transformaba, de bestias hoscas y apáticas, en criaturas esforzadas y ambiciosas; el orgullo que los acuciaba durante el día y los abandonaba al llegar la noche y el momento de acampar, dejándolos que se sumieran nuevamente en su inquieta melancolía y descontento. Tal era el orgullo que sostenía a Spitz y que le hacía castigar a los perros que cometían errores, se mostraban ariscos al ser enganchados o se ocultaban al llegar la hora de trabajar. Tal era, también, el orgullo que le llevaba a temer a Buck como posible rival de su puesto. Y tal era, también, el orgullo de Buck.

Buck amenazó abiertamente el liderazgo de Spitz. Se interponía entre él y los remolones que merecían ser castigados. Y lo hacía con toda premeditación. Cierta noche nevó mucho y a la mañana siguiente Pike, el ladronzuelo, no apareció. Se hallaba oculto en su cobijo, bajo un pie de nieve. François lo llamó y lo buscó en vano. Spitz estaba

terriblemente enardecido. Inspeccionó el campamento, husmeando y escarbando en todas partes, y gruñendo tan amenazadoramente que Pike lo oyó y tembló en su refugio.

Pero cuando al fin consiguieron sacarlo de allí y Spitz se abalanzó sobre él para castigarlo, Buck, con furia equivalente, se colocó entre los dos. Tan inesperada fue su acción y tan calculado su impulso, que Spitz dio una voltereta en el aire y cayó de lomo. Pike, que temblaba presa de un abyecto temor, recuperó el coraje ante la rebeldía de Buck, y saltó sobre su abatido líder. Buck, para quien el juego limpio era ya un código olvidado, se precipitó también sobre Spitz. Pero François, que a pesar de reírse del incidente se mantenía siempre listo para administrar justicia, descargó el látigo, con todas sus fuerzas, sobre Buck. El castigo no bastó para alejar a Buck de su postrado enemigo y el mestizo debió apelar entonces al mango del látigo. Semiaturdido por el golpe, Buck retrocedió y los latigazos cayeron sobre él una y otra vez, mientras Spitz castigaba furiosamente al culpable Pike.

En los días siguientes, a medida que Dawson se acercaba más y más, Buck continuó interponiéndose entre Spitz y los culpables: pero lo hizo con astucia, mientras François no estaba cerca. Con la encubierta rebelión de Buck, se propagó y desarrolló una insubordinación general. Dave y Solleks no intervinieron en ella, pero el resto del equipo iba de mal en peor. Las cosas ya no marchaban bien. Había constantes riñas y demoras. Los inconvenientes surgían a cada paso y detrás de todos ellos estaba Buck. Este

mantuvo constantemente ocupado a François, ya que el conductor del trineo temía que se produjera el inminente duelo a muerte entre los dos perros, pues no dudaba de que tal cosa ocurriría tarde o temprano, y más de una noche, al oír ruido de pelea entre los otros perros, abandonó el lecho con temor de que los culpables fueran Buck y Spitz.

Pero la ocasión no se presentó y una helada tarde arribaron a Dawson sin que la gran pelea hubiera tenido lugar. Había allí muchos hombres e incontables perros, y Buck vio que todos trabajaban. Parecía entrar en el orden natural de las cosas que los perros trabajaran. Durante todo el día iban y venían por la calle principal, en largos equipos, y por la noche sus cascabeles seguían tintineando. Acarreaban troncos para las cabañas y para el fuego, arrastraban las cargas de las minas y cumplían todas las faenas que en el Valle de Santa Clara realizaban los caballos. Por todas partes, Buck vio perros del Sur, pero la mayoría eran mezcla de husky y lobo. Todas las noches, regularmente a las nueve, a las doce y a las tres de la madrugada, entonaban su cántico nocturno: una fantástica y plañidera melopea en la que Buck participaba con deleite.

Cuando la aurora boreal llameaba fríamente en el firmamento o las estrellas titilaban entre los cárdenos resplandores de las heladas noches del Norte y la tierra yacía helada y rígida bajo su manto de nieve, parecía que esa canción de los huskies fuese el desafío de la vida, sólo que era entonada en sordina, con prolongados gemidos y semisollos, y resultaba más una súplica que un reto. Era un cántico antiguo, tan antiguo

como la raza misma, uno de los primeros cánticos en el principio del mundo, cuando todos los cánticos eran tristes. Esa queja, que tanto inquietaba a Buck, estaba cargada con la pena de innúmeras generaciones. Cuando él gemía y sollozaba, lo hacía con el dolor de vivir, tan antiguo como el dolor de sus salvajes padres, y con el temor y el misterio del frío y la oscuridad. Y tal conmoción de su ser era el último salto de su atavismo, que se prolongaba a través de los tiempos hasta los comienzos de la vida.

Siete días después de arribar a Dawson se deslizaron por las empinadas orillas del Barrachs rumbo al Yukon, y se dirigieron hacia Dyea y Salt Water. Perrault llevaba despachos más urgentes, si cabe, que los que había entregado; además, el orgullo del viaje lo dominaba y se propuso realizar el viaje más rápido del año. Varias circunstancias lo favorecían. La semana de descanso había servido para que los perros se recuperaran. El sendero que habían abierto estaba endurecido por el paso de posteriores viajeros; y además, la policía había instalado en dos o tres lugares depósitos de alimentos para perros y hombres, y se podía viajar con poca carga.

Llegaron a Sixty Miles, lo que significa una travesía de cincuenta millas, el primer día, y el segundo los encontró repechando el Yukon, con rumbo a Pelly. Pero esas espléndidas jornadas se cumplieron no sin grandes molestias y enojos de François. La insidiosa sedición encabezada por Buck había destruido la solidaridad del equipo. Ya no era como si un solo perro arrastrara el trineo. El coraje que Buck dio a los rebeldes los llevó a come-

ter toda clase de desobediencias de poca monta. Spitz no era ya un líder al que temieran ni mucho ni poco. El respeto de otrora había desaparecido y hasta llegaron a desafiar su autoridad. Cierta noche, Pike le robó la mitad del pescado y se la engulló con la protección de Buck. Otra noche, Dub y Joe pelearon con Spitz, y lo obligaron a postergar el castigo que merecían. Y hasta Billee el bueno era menos bueno y no gruñía tan cordialmente como antes. Buck nunca se acercaba a Spitz sin gruñir y mostrar amenazadoramente los dientes. Su proceder parecía el de un matón y se complacía fanfarroneando en las mismísimas narices de Spitz.

El derrumbe de la disciplina afectó también las relaciones de los perros entre sí. Reñían y se provocaban más que nunca, al punto de que a veces el campamento parecía un verdadero manicomio. Sólo Dave y Sol-leks no habían cambiado, si bien estaban más irritables por las continuas peleas. François rugía extrañas y tremendas maldiciones, daba de puntapiés a la nieve, con rabia inútil, y se mesaba el pelo. Su látigo silbaba sin cesar entre los perros, pero de nada le servía. Apenas les daba la espalda, volvían a las andadas. El apoyaba a Spitz con su látigo en tanto que Buck apoyaba al resto del equipo. François sabía que Buck era el causante de todos los inconvenientes, y Buck sabía que él sabía; pero Buck era demasiado astuto como para que lo pescaran otra vez in fraganti. Trabajaba infatigablemente, pues la tarea se había convertido en un placer para él; sin embargo, mucho más placer le causaba precipitar una pelea entre sus compañeros y enredar las riendas.

En las bocas del Tahkeena, cierta noche, después de comer, Dub avistó un conejo, se lanzó sobre él y no logró atraparlo. Al instante el equipo íntegro se lanzó a la caza. A unas cien yardas estaba el destacamento de la Policía Montada, con cincuenta perros, huskies todos, que se sumaron a la persecución. El conejo enfiló la orilla del río y giró hacia un arroyuelo sobre cuya helada superficie prosiguió su veloz huida. Corría como un relámpago sobre el manto de nieve en tanto que los perros avanzaban a duras penas. Buck encabezaba la jauría —unas sesenta bestias—, describiendo fantásticas curvas, pero no pudo triunfar. Corría como una exhalación, aullando ansiosamente, y su espléndido cuerpo centelleaba de salto en salto a la pálida luz de la luna. Y de salto en salto, como un pálido fantasma de nieve, el conejo centelleaba escapándose.

Toda esa conmoción de viejos instintos, que de vez en cuando lleva a los hombres a abandonar las ciudades bulliciosas por selvas y praderas para matar con proyectiles impulsados químicamente, y la concupiscencia de la sangre y la alegría de matar, todo eso dominaba ahora a Buck. Corría al frente de la jauría, persiguiendo la presa salvaje, la carne viva, para matarla con sus propios dientes y bañar su hocico en sangre caliente.

Hay un éxtasis que señala la cúspide de la vida, más allá de la cual la vida no puede elevarse. Pero la paradoja de la vida es tal que ese éxtasis se presenta cuando uno está más vivo, y se presenta como un olvido total de que se está vivo. Ese éxtasis, ese olvido de la existencia, alcanza al artista, convirtiéndolo en una llama de pasión; alcanza al sol-

dado que en el ardor de la batalla ni pide ni da tregua, y alcanzó a Buck, que corría al frente de la jauría lanzando el atávico grito de los lobos y pugnando por atrapar el viviente manjar que huía a la luz de la luna. Estaba sondeando los abismos de su especie y de las generaciones más remotas de su especie, y estaba retornando al seno del Tiempo. Estaba dominado por el puro éxtasis de la vida, por la oleada de la existencia, por el goce perfecto de cada músculo, de cada articulación, de cada nervio, y de que todo era alborozo y delirio, expresión en sí misma del movimiento que lo hacía correr triunfante bajo la luz de las estrellas y por sobre la materia inerte.

Pero Spitz, frío y calculador hasta en los momentos supremos, abandonó la jauría y cortó camino por una angosta franja de tierra que desviaba el curso del arroyo. Buck no conocía el lugar y una vez que, siempre en pos del níveo fantasma del conejo, hubo dado el rodeo a que obligaba ese desvío, vio que un fantasma más grande saltaba desde el abrupto talud del río e interceptaba el camino del conejo. Era Spitz. El conejo no pudo retroceder y mientras los blancos dientes le quebraban el espinazo lanzó un alarido tan fuerte como el que puede lanzar un hombre herido. Ante ese sonido, el éxtasis de vida se trocó en el deleite por la muerte, y la jauría elevó en coro un infernal aullido de gozo.

Buck no levantó la voz. No se detuvo, sino que se abalanzó sobre Spitz con tal fuerza que erró la dentallada. Una y otra vez se revolcaron en la nieve polvorienta. Spitz se levantó con tal rapidez que dio la sensación

de no haber perdido el equilibrio, y saltando hacia atrás alcanzó a morder a Buck en el pecho. Dos veces sus dientes se cerraron como las mandíbulas de acero de una trampa mientras reculaba en busca de mejor posición para la lucha, gruñendo y torciendo la boca en amenazadoras muecas.

Instantáneamente, Buck comprendió. Había llegado la hora. La lucha era a muerte. Mientras giraban persiguiéndose, tensas las orejas, atentos tan sólo al logro de ventajas, aquella escena le resultó a Buck harto familiar. Le pareció recordar todo: los blancos bosques, y la tierra y la luz de la luna y la excitación de la batalla. Por sobre la blancura y el silencio señoreaba una calma espectral. No había el más leve soplo de aire: nada se movía, no se agitaba ni una hoja; el aliento de los perros, visible, se elevaba pesada y lentamente en el aire helado. Aquellos perros, que eran mal domesticados lobos, habían liquidado al conejo en un santiamén y estaban ya agrupados en expectante círculo. Relampagueantes los ojos, el aliento en suspenso, también ellos guardaban silencio. Aquella escena de épocas remotas a Buck no le resultaba nueva ni extraña. Era como si la vida hubiera sido siempre así.

Spitz era un ducho adversario. Desde Spitzbergen, a través del Artico, y de un lado a otro de Canadá y las islas Barrens, se había medido con toda clase de perros y los había derrotado. La suya era la más amarga, pero no la más ciega de las furias. Dominado por el deseo de morder y destruir, jamás olvidaba que su enemigo era presa también del deseo de morder y destruir. Jamás embestia si no se había preparado para recibir

una embestida, jamás atacaba si no se había antes preparado para ser atacado.

En vano Buck procuró hincar sus dientes en el cuello del gran perro blanco. En cada uno de los intentos que hizo para alcanzar esa tierna carne, sus colmillos se toparon siempre con los colmillos de Spitz. Colmillazo va, colmillazo viene, acabó con el hocico desgarrado y ensangrentado. Pero no pudo burlar la guardia de su enemigo. Entonces, juntó fuerzas y acorraló a Spitz con un torbellino de embestidas. Una vez y otra se esforzó por alcanzar el níveo cuello, allí donde la vida palpitaba más cerca de la superficie, y una vez y otra Spitz se esquivó y escapó. Buck comenzó entonces a atacar como si buscara la garganta, pero a último momento echaba la cabeza hacia atrás y, con el lomo apoyado en el lomo de Spitz, empujaba a éste con el propósito de hacerlo caer. En cada una de esas embestidas Buck recibía una nueva herida en el pecho y Spitz se esquivaba con un salto.

Spitz continuaba ileso; en cambio, Buck chorreaba sangre y respiraba pesadamente. La lucha se había tornado desesperada. Mientras tanto, el silencioso y lobuno círculo aguardaba para acabar con la vida del que cayera. Cuando Buck comenzó a jadear, Spitz se decidió a embestirlo y lo obligó a hacer esfuerzos para mantenerse en pie. En cierto momento, Buck cayó y el círculo de sesenta perros comenzó a incorporarse; pero logró recobrarse, casi en el aire, y el círculo se sentó otra vez y continuó esperando.

Buck poseía una cualidad que conduce a la grandeza: imaginación. Peleaba por instinto, pero podía también pelear usando la

cabeza. Arremetió, como si fuera a hacer la vieja triquiñuela del hombro, pero a último momento se agazapó en la nieve. Sus dientes se cerraron sobre una de las patas delanteras de Spitz. Hubo un crujido de huesos que se quiebran y el perro blanco le hizo frente en tres patas. Tres veces trató de derribarlo; después repitió la triquiñuela y le quebró la pata derecha. A pesar del dolor y de su invalidez, Spitz luchó fieramente por mantenerse en pie. Veía que el silencioso círculo de ojos relampagueantes, lenguas ansiosas y flotante aliento se cerraba sobre él tal como lo había visto cerrarse otrora sobre sus derrotados adversarios. Sólo que esta vez él era el derrotado.

No había ya esperanzas para él. Buck fue inexorable. La piedad era algo reservado para climas más benignos. Se aprestó para la embestida final. El círculo se había estrechado tanto que podía sentir en sus flancos el aliento de los huskies. Podía verlos, detrás de Spitz y a uno y otro costado, casi listos para saltar, con los ojos fijos en él. Hubo una pausa. Todos los animales estaban inmóviles, como si se hubieran vuelto de piedra. Sólo Spitz temblaba y se erizaba, tambaleándose y gruñendo amenazadoramente, cual si quisiera espantar la muerte inminente. De repente, Buck saltó adelante y hacia atrás: al saltar adelante, su lomo dio directamente en el lomo de su adversario. El oscuro círculo se convirtió en un punto sobre la nieve bañada por la luz de la luna y Spitz desapareció de la vista. Triunfante campeón, dominante y primitiva bestia que había matado y se sentía satisfecha, Buck se hizo a un lado y contempló el espectáculo.

IV LA CONQUISTA DEL PODER

—¿Eh? ¿Qué dije yio? Hablé verdad guando dije que Buck vale pog dos diablos.

Tal era el comentario de François a la mañana siguiente, al descubrir que faltaba Spitz y que Buck estaba cubierto de heridas. Para examinar a éste, lo acercó a la luz del fuego.

—Spitz pelea como un demonio —dijo Perrault, mientras examinaba los desgarrones y las heridas.

—Y Buck como dos demonios —fue la respuesta de François—. Ahoga tengdremos paz. No más Spitz, no más líos: segugo.

Mientras Perrault empacaba los avíos y cargaba el trineo, François se ocupó de uncir los perros. Buck trotó hasta el sitio que solía ocupar Spitz como líder; pero François, sin reparar en él, condujo a Sol-leks hasta esa posición. A su juicio, Sol-leks era el mejor para dirigir el equipo. Hecho una furia, Buck se abalanzó sobre Sol-leks, apartándolo y colocándose en su lugar.

—¿Eh, eh? —gritó François, golpeándose las rodillas y riendo a carcajadas—. Miguen eso. El mató a Spitz y piensa encargarse del trabajo. ¡Vamos: afuega, afuega! —ordenó, pero Buck se negó a obedecer.

François asió a Buck por el cuello y, aunque el animal gruñía amenazante, lo hizo a un lado y lo reemplazó por Sol-leks. Al perro

viejo no le agradaba aquello y demostró a las claras que temía a Buck. François era tozudo, pero, en cuanto volvió la espalda, Buck desplazó nuevamente a Sol-leks, que se apartó sin demostrar fastidio.

François montó en cólera:

—¡Ahoga te agregagué, maldito seas!
—exclamó, regresando con un pesado garrote en la mano.

Buck recordó al hombre de la tricota roja y retrocedió lentamente; y cuando Sol-leks fue puesto de nuevo al frente del equipo, ni siquiera intentó atacar. Pero rondó a prudente distancia, fuera del alcance del garrote, gruñendo con amargura y rabia; mientras rondaba no perdía de vista el garrote: para poder esquivarlo si François se lo arrojaba. Buck era ducho ya en materia de garrotes.

François prosiguió su trabajo y llamó a Buck cuando estuvo listo para uncirlo en el lugar de siempre, a la par de Dave. Buck retrocedió dos o tres pasos. François lo siguió. Pero el perro continuó retrocediendo. El juego se repitió varias veces, hasta que François, en la creencia de que Buck temía ser castigado, dejó caer el garrote. Pero Buck se había rebelado abiertamente. No trataba de escapar a un castigo: quería ocupar la jefatura. Era suya por derecho. La había ganado y no se conformaría con menos.

Perrault acudió en ayuda de François y entre ambos persiguieron a Buck durante casi una hora. Ellos lanzaban garrotazos; Buck los esquivaba. Entre ambos maldijeron a Buck y a toda su estirpe hasta llegar a sus más remotos antepasados, y maldijeron también cada pelo del cuerpo de Buck y cada gota de su sangre. Y Buck respondió a esas maldiciones

con gruñidos y manteniéndose fuera del alcance de sus perseguidores. No trataba de huir, sino que rondaba el campamento, demostrando a las claras que cuando su deseo fuera satisfecho regresaría y se portaría bien.

François se sentó y se rascó la cabeza. Perrault miró el reloj y maldijo. El tiempo volaba y hacía ya una hora que debían haber emprendido la marcha. François volvió a rascarse la cabeza, la meneó y sonrió a Perrault, que se encogió de hombros para significar que estaban vencidos. Después, François fue hasta donde se hallaba Sol-leks y llamó a Buck. Buck rió, como ríen los perros, pero mantuvo la distancia. François desató entonces a Sol-leks y lo colocó atrás, en su antiguo sitio. El equipo estaba uncido al trineo en línea ininterrumpida, listo para emprender la marcha. No había lugar para Buck, excepto al frente. Una vez más, François lo llamó; una vez más, Buck rió, pero sin acercarse.

—Dega el gagrote —ordenó Perrault.

François obedeció: de inmediato Buck se acercó al trote, sonriendo triunfalmente, y se puso a la cabeza del equipo. Le ciñeron el arnés, el trineo echó a andar y los dos hombres enfilaron velozmente el sendero del río.

Aunque al compararlo con dos demonios había apreciado los méritos de Buck, al cabo de un rato François comprendió que lo había subestimado. De un brinco, Buck asumió las obligaciones del liderazgo y, en lo relativo a prudencia, rapidez de pensamiento y rapidez de acción, demostró ser superior a Spitz, de quien François solía decir que no había visto otro igual.

Pero fue en el dictar leyes y en el hacerlas cumplir por sus compañeros que Buck de-

mostró su excelencia. A Dave y Sol-leks no les importaba el cambio de jefe. No era cosa de ellos. Lo suyo era trabajar, y trabajar eficazmente, en la ruta. Mientras en eso no hubiera interferencias, no les preocupaba lo que ocurriese. Para ellos, Billee el bueno habría podido ser el jefe con tal de que hubiera sabido mantener la disciplina. Empero, el resto del equipo se había tornado muy rebelde en los últimos días de Spitz, y todos quedaron estupefactos cuando Buck comenzó a castigarlos para que se atuvieran a las normas establecidas.

Pike, que iba a la zaga de Buck y que nunca había tirado del trineo con más fuerza que la estrictamente necesaria, fue castigado varias veces por haragán, y antes de que concluyera el primer día trabajaba más que nunca en su vida. En la primera noche de campamento, Joe el hosco recibió una buena tunda: Spitz jamás había podido dársela. Buck se limitó a aplastarlo con todo el peso de su cuerpo y lo mordió hasta que Joe cesó de lanzar dentelladas y comenzó a gemir en procura de clemencia.

Inmediatamente mejoró la conducta del equipo, que recobró su antigua solidaridad, y una vez más los perros tiraban de las riendas como si hubieran sido un solo perro. En Rink Rapids se incorporaron Teek y Koonah, dos huskies nativos, y la celeridad con que Buck los dominó dejó a François sin aliento:

—¡Gamás vi un pegro como ese Buck! —exclamó—. ¡No, gamás! ¡Vale pog lo menos mil dólagues, pog Cristo! ¿Eh: qué dices, Perrault?

Perrault estuvo de acuerdo. Para entonces había ya adelantado más de lo que se ha-

bía propuesto y ganaba distancia de día en día. El sendero estaba en excelentes condiciones, bien firme y endurecido, y no hubo que luchar con nuevas nevadas. No hacía demasiado frío. La temperatura llegó a treinta grados bajo cero y así se mantuvo durante todo el viaje. Los dos hombres corrían o montaban el trineo por turno, y los perros marchaban incesantemente, con muy espaciadas escalas.

El río Thirty Miles estaba cubierto de hielo, y en un solo día del regreso cubrieron la distancia que les había costado diez días en el viaje de ida. En una etapa recorrieron las sesenta millas que se extienden entre el lago Le Barge y los Rápidos del Caballo Blanco. Al cruzar Marsh, Tagish y Bennett (setenta millas de lagos), alcanzaron tal velocidad que el hombre al que le correspondía correr debió atarse al trineo con una cuerda. Y en la última noche de la segunda semana llegaron a White Pass y bajaron hacia el mar, con las luces de Skagway y de los barcos al pie de la ladera.

Fue el más veloz de los viajes. Durante catorce días recorrieron un promedio de cuarenta millas diarias. Durante tres días, Perreault y François pasearon por la calle principal de Skagway y fueron asediados con invitaciones para beber, en tanto que el equipo era el constante centro de la admiración de los conductores de trineos y buscadores de oro. Por entonces, tres o cuatro bandidos procedentes del Oeste intentaron asaltar el pueblo; como fueron cosidos a balazos, el interés del público se centró en otros héroes. Después, llegaron órdenes del gobierno. François llamó a Buck, lo abrazó y lloró sobre él. Y ésa fue

la última vez que Buck vio a François y a Perrault. Como otros hombres, salieron para siempre de la vida de Buck.

Un mestizo escocés se hizo cargo de él y de sus compañeros, y junto con otros doce equipos emprendió nuevamente la marcha hacia Dawson. Ya no se trataba de correr con poco peso ni de marcar tiempos extraordinarios, sino de una ardua faena cotidiana, arrastrando una pesada carga; ahora se trataba del convoy postal, que llevaba las noticias del mundo a los hombres que buscaban oro bajo la sombra del Polo.

A Buck no le gustaba todo eso, pero cumplía eficientemente, tan orgulloso de su trabajo como Dave y Sol-leks, y procuraba que sus compañeros, les gustara o no, cumplieran su parte. Era una vida monótona, en la que todo se hacía con maquinal regularidad. Cada día era idéntico a los demás. Todas las mañanas, a cierta hora, los cocineros se levantaban y encendían el fuego y se desayunaba. Después, mientras unos desarmaban las tiendas, otros uncían los perros, y todos se ponían en viaje una hora antes de que amaneciera. Por la noche había que acampar. Estos armaban las tiendas, aquéllos cortaban leña para el fuego y ramas de pino para los jergones, y los de más allá acarreaban agua o hielo para los cocineros. Además, había que alimentar a los perros. Para éstos, ése era el único recreo del día, pues resultaba grato vagabundear, luego de haber comido la ración de pescado, durante una hora o más con los otros perros, que en total eran más de cien. Había entre ellos bravos luchadores, pero tres combates con los más feroces le valieron a Buck el predominio, de modo que cuando

gruñía y mostraba los dientes los demás le abrían paso.

Tal vez lo que más le agradaba era tenderse junto al fuego, estiradas las patas, erguida la cabeza y los ojos soñadoramente fijos en las llamas. A veces se acordaba de la gran casa del juez Miller, allá en el soleado valle de Santa Clara, y del estanque de cemento, y de Ysabel, la chihuahua, y de Toots, el dogo japonés; pero mucho más a menudo recordaba al hombre de la tricota roja, la muerte de Curly, la gran pelea con Spitz y las buenas cosas que había comido o que le habría gustado comer. No tenía nostalgias. El Sur era algo borroso y estaba muy lejos, y tales recuerdos no lo dominaban. Mucho más intensos eran los recuerdos hereditarios, que daban un aire de familiaridad a cosas que jamás había visto antes; los instintos (que no eran sino la memoria de sus antepasados convertida en hábitos), silenciados en días remotos, se agitaban en él y comenzaban a vivir otra vez.

A veces, mientras estaba allí tendido, entreabiertos y soñadores los ojos fijos en las llamas, le parecía que esas llamas eran las de otro fuego, y que, tendido junto a ese otro fuego, había visto frente a sí a otro hombre, distinto del mestizo cocinero. Ese otro hombre tenía las piernas más cortas y los brazos más largos, con músculos firmes y nudosos y no redondos y voluminosos. El pelo de ese hombre era largo y enmarañado, y su cabeza parecía curvarse hacia atrás desde los ojos mismos. Emitía raros sonidos y daba la impresión de tenerle mucho miedo a la oscuridad, pues la escrutaba continuamente, y en una de las manos, que le llegaban casi a las rodillas, empuñaba un garrote en cuyo extremo había

una afilada piedra. Iba casi desnudo, con una raída y chamuscada piel sobre los hombros, y su cuerpo estaba cubierto de pelo; en algunos lugares, como el pecho, los hombros y la parte posterior de los brazos y los muslos, era tan abundante que más parecía una espesa piel. No se mantenía erguido, sino con el tronco encorvado hacia adelante a partir de las caderas, y las piernas flexionadas. En todo ese cuerpo había una peculiar elasticidad, o tensión, más bien felina, y la inquieta cautela del que vive en perpetuo temor de lo visible y lo invisible.

Otras veces, aquel hombre velludo se sentaba ante el fuego, con la cabeza entre las manos, y dormía. En tales ocasiones, mantenía los codos sobre las rodillas y las manos entrelazadas sobre la cabeza, cual si se protegiera de la lluvia con sus peludos brazos. Y más allá de ese fuego, en la oscuridad circundante, Buck distinguía centelleantes ascuas, por pares, siempre por pares: los ojos de grandes bestias voraces. Y podía oír el crujir de la maleza al paso de esos cuerpos y los ruidos que hacían durante la noche. Y soñando así por las riberas del Yukon, con ojos perezosos que parpadeaban ante el fuego, esos sonidos y visiones de otro mundo le erizaban los pelos del lomo y del cuello, y lo hacían aullar grave y sofocadamente o lanzar lastimeros aullidos, hasta que el mestizo cocinero le gritaba: "¡Arriba, Buck; despierta!" Entonces, el otro mundo se esfumaba, y el mundo real retornaba a los ojos de Buck, que se incorporaba, bostezaba y se desperezaba tal como si hubiera dormido.

El viaje fue arduo, por la carga que llevaban, y el pesado trabajo los agotó. Habían

enflaquecido y desmejorado cuando llegaron a Dawson y hubieran necesitado diez días, o por lo menos una semana, de descanso. Sin embargo, dos días después bajaban la cuesta del Yukon, cargados de correspondencia para el extranjero. Los perros estaban exhaustos y los hombres trinaban de rabia; para empeorar las cosas, nevaba todos los días. Eso significaba ruta poco consistente, menor adherencia de los patines y más trabajo para los perros; empero, los conductores procedieron muy prudentemente y trataron de que la situación fuera lo más llevadera posible para los animales.

Todas las noches, los perros eran los primeros en ser atendidos. Comían antes de que comieran los conductores, y ningún hombre se acostaba antes de haber revisado las patas de los perros que él conducía. Pero, aun así, los animales perdían fuerzas. Desde el principio del invierno habían recorrido mil ochocientas millas y arrastrado los trineos a lo largo de esa agobiadora distancia: y mil ochocientas millas acaban con la resistencia del más fuerte. Buck resistió, obligando a sus compañeros a cumplir con el trabajo y manteniendo la disciplina, aunque también él estaba muy cansado. Billee gritaba y gemía en sueños todas las noches. Joe estaba más hosco que nunca, y Sol-leks era inaccesible, tanto por el lado del ojo ciego como por el otro.

Pero de todos ellos el que más sufrió fue Dave. Algo le ocurría. Se volvió más arisco e irritable, y no bien acampaban hacía su cubil y había que darle de comer allí mismo. Una vez que le quitaban los arreos, se acostaba y no volvía a incorporarse hasta la mañana siguiente, al serle colocados otra vez los arneses.

A menudo, ya en camino, cuando lo sacudía una brusca detención del trineo o se esforzaba para reemprender la marcha, gemía lastimeramente. El conductor lo examinó, pero no le encontró nada. Todos los conductores se interesaron en su caso. Hablaban de ello a la hora de comer y mientras fumaban su última pipa antes de acostarse, y cierta noche celebraron una consulta. Dave fue conducido desde su cubil hasta cerca del fuego, y palpado y apretado hasta que se quejó varias veces. Algo en él marchaba mal, pero ni fue posible localizar huesos rotos ni formular diagnóstico alguno.

Su debilidad era tanta que antes de llegar a Cassiar Bar se desplomó varias veces durante la marcha. El mestizo escocés hizo alto, lo separó del equipo y lo reemplazó con Sol-leks. Su intención era que Dave se tomara un descanso y corriera libremente detrás del trineo. A pesar de hallarse enfermo, Dave se irritó al ser apartado, gruñó y ladró mientras le aflojaban las bridas y gimió desgarradoramente al ver a Sol-leks en el puesto que él había ocupado y desempeñado durante tanto tiempo. Aunque enfermo de muerte, no podía soportar que otro perro hiciera su trabajo.

Cuando el trineo echó a andar, Dave corrió tambaleándose sobre la blanca nieve acumulada a un costado del sendero y la emprendió a dentelladas con Sol-leks, embistiéndolo y tratando de tumbarlo sobre la nieve blanda del costado opuesto, y haciendo esfuerzos por meterse entre las riendas y colarse entre Sol-leks y el trineo; mientras tanto, no cesaba de aullar y gemir con desconsuelo. El mestizo trató de apartarlo con el látigo, pero Dave no prestó atención a la urticante co-

rra, y el hombre no tuvo coraje para castigarlo con más fuerza. Dave se negaba a seguir el trineo por el sendero, donde la marcha resultaba más fácil, y continuó tambaleándose sobre la nieve blanda, donde la marcha resultaba más difícil; por fin, rendido, se desplomó, y permaneció postrado en el lugar mismo donde había caído, aullando lúgubremente mientras el largo convoy de trineos pasaba a la carrera junto a él.

Con el resto de sus fuerzas, se amañó para seguir avanzando a rastras hasta que el convoy volvió a detenerse; entonces se acercó a su trineo y se detuvo junto a Sol-leks. El conductor se había detenido un momento para pedir fuego para su pipa al hombre que iba detrás de él. Después se volvió y puso en marcha su equipo. Los perros echaron a andar con extraordinaria facilidad, volvieron la cabeza con desasosiego y se detuvieron sorprendidos. También el conductor estaba desconcertado: el trineo no se había movido. El hombre llamó a sus compañeros para mostrarles lo que había ocurrido. Dave había cortado con los dientes las riendas de Sol-leks y estaba delante del trineo, en su puesto.

Con la mirada imploró que lo dejaran allí. El conductor no disimulaba su perplejidad. Sus camaradas comentaron el hecho de que un perro se sintiera infeliz al ser liberado de la tarea que lo estaba matando, y recordaron ejemplos, por ellos conocidos, de perros que, heridos o harto viejos ya para el trabajo, habían muerto porque se los había separado del tiro. Además, consideraron que sería piadoso, pues si de todos modos Dave iba a morir, que muriera entre las riendas, feliz y contento. Así, pues, le pusieron otra vez los arneses, y Dave, orgullosamente, tiró del trineo como

antaño, aunque en más de una oportunidad se le escapara algún involuntario quejido por causa del dolor que le roía las entrañas. Muchas veces se desplomó y fue arrastrado por el resto del equipo; en una de esas ocasiones, el trineo le pasó por encima; desde ese momento Dave renqueó de una de las patas traseras. Pero se mantuvo en pie hasta la hora de acampar; su conductor, entonces, le hizo sitio junto al fuego. La mañana lo halló demasiado débil para viajar. Cuando fue tiempo de uncir el equipo, trató de acercarse al conductor. Con esfuerzo convulsivo se incorporó, vaciló y cayó. Después, arrastrándose, continuó rumbo al lugar donde sus compañeros eran puestos entre las riendas. Adelantaba las patas delanteras y arrastraba el cuerpo a sacudones, y cuando había adelantado las patas delanteras y sacudido el cuerpo hacia adelante, volvía a repetir esos movimientos para avanzar unas pocas pulgadas más. Las fuerzas lo abandonaban, y cuando sus compañeros lo vieron por última vez, estaba tendido en la nieve, jadeando y mirándolos con ansiedad. Y cuando lo perdieron de vista, al penetrar en el bosque, oían aún sus lúgubres aullidos.

Allí se detuvo el convoy. El mestizo escocés regresó lentamente al lugar donde habían acampado. Los hombres hicieron silencio. Se oyó un disparo de revólver. El mestizo regresó con premura. Restallaron los látigos, los cascabeles tintinearón alegremente, los trineos se deslizaron por el sendero; pero Buck sabía, y también lo sabían los demás perros, qué había sucedido más allá del bosquecillo de la orilla del río.

Treinta días después de haber partido de Dawson, el correo de Salt Water, con Buck y sus compañeros al frente, llegó a Skagway. El estado de todos era desastroso: estaban rendidos y exhaustos. Las ciento cuarenta libras de Buck se habían convertido en ciento quince. En comparación, sus compañeros, no obstante ser perros más livianos, habían perdido más peso que él. Pike el ladrón, que en su vida de trapacerías había fingido a menudo estar herido en una pata, renqueaba ahora de veras; Sol-leks también cojeaba y Dub tenía un hombro recalcado.

Todos tenían terribles lastimaduras en las patas. No les quedaba ya agilidad ni elasticidad. Sus patas caían pesadamente sobre el camino, haciéndolos estremecerse y duplicando el cansancio de cada día de viaje. Lo que les ocurría no era nada serio, pero estaban mortalmente agotados. No era el agotamiento provocado por un breve y excesivo esfuerzo, del que se hubieran recuperado en pocas horas, sino el agotamiento causado por el lento y prolongado esfuerzo de meses de trabajo. No les quedaba ya capacidad de recuperarse, ni reserva de fuerzas a la que recurrir. Todo había sido utilizado, hasta la última gota. Cada músculo, cada fibra, cada célula, estaba cansada, mortalmente cansada. Y había razón para que así fuera. En menos de cinco meses habían recorrido dos mil qui-

nientas millas; en las últimas mil ochocientas no habían llegado a tener siquiera cinco días de descanso. Cuando arribaron a Skagway se hallaban aparentemente a punto de desplomarse de cansancio. Apenas si podían conservar tensas las riendas; en las pendientes debían tener cuidado para mantenerse fuera del alcance del trineo.

—¡Animo, pobres patas doloridas! —gritó el conductor para alentarlos al enfilar la calle principal de Skagway—. Estamos llegando y después tendremos un descanso. ¡Claro que sí: un magnífico descanso!

Los hombres confiaban en esa tregua. Ellos mismos habían hecho un viaje de mil doscientas millas interrumpido sólo durante dos jornadas y, como es lógico y natural, merecían un intervalo de holganza. Pero tantos eran los hombres que habían llegado al Klondike, y tantas las novias, las esposas y los parientes que no lo habían hecho, que la correspondencia atrasada asumía proporciones tremendas. Además, había órdenes oficiales. Nuevas tandas de perros de la bahía de Hudson reemplazarían a las que no estaban en condiciones de seguir adelante. Había que librarse de los animales que no estuvieran en situación de seguir adelante, y ya que los perros poco importan en comparación con los dólares, había que venderlos.

Transcurrieron tres días, en el transcurso de los cuales Buck y sus compañeros comprendieron hasta qué punto se encontraban fatigados y débiles. Después, en la mañana del cuarto día, aparecieron dos hombres procedentes de Estados Unidos y los compraron, incluidos los arneses, por una bicoca. Hal y Charles eran los nombres de esos hombres. Charles era de mediana edad, piel blanca,

- mirada débil y acuosa, y bigote vigorosa y fieramente retorcido hacia arriba, como para atenuar la impresión dada por el labio caído que ocultaba. Hal era un mozalbete de unos diecinueve a veinte años, con un gran revólver Colt y un cuchillo de caza que pendían de un cinturón bonitamente tachonado de balas. Ese cinturón era lo más llamativo que había en él: denunciaba su insensibilidad, una insensibilidad total e indescriptible. Saltaba a la vista que ambos hombres estaban fuera de su ambiente: la razón de que se hubieran aventurado por el Norte forma parte de un misterio que carece de explicación.

Buck oyó el regateo, vio que los hombres entregaban dinero al agente del gobierno y comprendió que el mestizo escocés y los conductores del convoy-correo iban a alejarse de su vida de la misma manera que antes se habían alejado Perrault y Francois y los otros. Conducido con sus compañeros al campamento de sus nuevos propietarios, Buck vio que allí imperaban el descuido y la suciedad: la tienda, armada a medias; sin lavar los platos; desorden en todo. Y vio también a una mujer: Mercedes la llamaban los hombres. Era mujer de Charles y hermana de Hal: ¡una linda familia!

Buck los observó atentamente mientras desarmaban la tienda y cargaban el trineo. Ponían mucha voluntad en lo que hacían, pero nada de método. Al enrollar la tienda la transformaron en un burdo envoltorio tres veces más grande de lo que debía ser. Y los platos los guardaron sin haberlos lavado. Mercedes salía continuamente al paso de los hombres y sobrellevaba una no-interrumpida conversación hecha de consejos y reproches. Cuando ellos pusieron un envoltorio de ropas

en la parte delantera del trineo, ella sugirió que debían colocarlo atrás, y después, una vez que lo pusieron atrás y lo cubrieron con otros bultos, Mercedes descubrió que se había olvidado de guardar ciertas cosas que no podían ir sino en aquel envoltorio, y ellos volvieron a descargar.

Tres hombres de una tienda vecina, que se habían acercado para mirar, sonreían y se hacían guiños entre sí.

—Llevan un bonito peso —dijo uno de ellos—, y no he de ser yo quien les diga qué deben hacer; pero si estuviera en el lugar de ustedes no cargaría la tienda.

—¡Ni soñarlo! —clamó Mercedes, levantando las manos en señal de protesta—. ¿Cómo podría arreglármelas sin una tienda?

—Estamos en primavera y no tendremos más frío —replicó el hombre.

Mercedes meneó resueltamente la cabeza y Charles y Hal pusieron los últimos paquetes y todo lo que sobraba en la cúspide de aquella carga que semejaba una montaña.

—¿Creen que andará? —preguntó uno de los hombres.

—¿Por qué no? —preguntó Charles, con cierta violencia.

—¡Oh, está bien; está bien! —respondió el hombre, rápida y humildemente—. Se me ocurrió, eso es todo. Más bien me parece mucha carga.

Charles le dio la espalda y ciñó las correas lo mejor que pudo; es decir, no muy bien.

—Y, por supuesto, los perros llevarán todo el día ese armatoste a rastras —afirmó otro de los hombres.

—Claro que sí —dijo Hal con fría cortesía, mientras con una mano aferraba la vara del trineo y con la otra hacía restallar el látigo—. ¡Arre! —gritó—. ¡Arre, vamos!

Los perros pegaron un salto y tiraron de las riendas durante un momento; después, dejaron de hacer esfuerzos. Les era imposible mover el trineo.

—¡Bestias haraganas, yo les enseñaré! —gritó Hal disponiéndose a castigarlos con el látigo.

Pero Mercedes intervino gritando:

—¡Oh Hal; no hagas eso! —De un manotón le arrebató el látigo—. ¡Pobrecitos! Prométeme que no los maltratarás o, de lo contrario, no daré un paso más.

—¡Por lo mucho que tú sabes de perros! —refunfuñó su hermano—. Mejor harías dejándome en paz. Son unos haraganes, te lo digo yo, y hay que castigarlos para conseguir algo de ellos. Son siempre así. Pregúntaselo a cualquiera. Pregúntaselo a uno de esos hombres.

Mercedes los miró suplicante, un gesto de repugnancia ante el dolor ajeno le crispaba el rostro bonito:

—Están muy débiles, si le interesa saberlo —fue la respuesta de uno de los hombres—. Están exhaustos, eso es lo que les pasa. Necesitan un descanso.

—¡Al diablo con el descanso! —dijo Hal.

Escandalizada por aquella maldición, Mercedes dijo: “¡Oh!” Pero era leal a los suyos y salió en defensa de su hermano:

—No escuches a ese hombre —ordenó—. Eres tú quien conduce a nuestros perros y puedes proceder con ellos como lo creas más conveniente.

Una vez más el látigo de Hal cayó sobre los animales, que tironearon de las riendas, hundieron sus patas en la nieve y se esforzaron al máximo. El trineo, como sujeto por un ancla, no se movió. Después de otros dos intentos, los perros quedaron jadeantes. El lá-

tigo volvió a silbar salvajemente y Mercedes volvió a intervenir. Con lágrimas en los ojos, cayó de rodillas delante de Buck y le rodeó el cuello con los brazos.

—¡Pobrecitos, pobrecitos! —gimoteó—; ¿por qué no tiran con más fuerza? Si lo hicieran no los castigarían.

Buck no le tenía simpatía a Mercedes, pero se sentía demasiado infeliz para rechazarla y la soportó como parte de la terrible faena de aquel día.

Uno de los curiosos, que había estado apretando los dientes para no estallar en reproches, habló por fin:

—No es asunto mío lo que a ustedes les suceda, pero por el bien de los perros les advierto que podrían partir si desprendieran el trineo: los patines están pegados a la nieve. Empujen de derecha a izquierda la vara de dirección y lo despegarán.

Hicieron un tercer intento, y esta vez, siguiendo el consejo, Hal logró despegar los patines, que se habían adherido a la nieve. El sobrecargado y resistente trineo echó a andar mientras Buck y sus compañeros forcejeaban bajo una lluvia de golpes. Aproximadamente cien yardas adelante el camino hacía una curva y desembocaba en forma abrupta en la calle principal. Hubiera sido menester un hombre de experiencia para mantener el trineo en equilibrio: y Hal no era ese hombre. Al enfilar la curva el trineo volcó y la mitad de su carga rodó por entre las mal ceñidas riendas. Los perros no se detuvieron. Aunque tumbado, el trineo siguió deslizándose detrás de ellos. Estaban exasperados por el castigo y por la exagerada carga. Buck echaba chispas. Se había lanzado a la carrera y el equipo seguía a su líder. Hal gritaba: "¡So! ¡So!"; pero no le hacían caso. Después, tropezó y cayó. El trineo

le pasó por encima y los perros arremetieron por la calle principal, provocando, al sembrar el resto de la carga a lo largo de la vía pública, el regocijo de todo Skagway.

Personas de buena voluntad detuvieron a los perros y recogieron los desperdigados bártulos. Y dieron también su parecer. La mitad de la carga y el doble de perros si querían llegar a Dawson: tal fue lo aconsejado. Hal, su hermana y su cuñado los escucharon de mala gana, apartaron la tienda, comenzaron a clasificar los pertrechos y hasta sacaron a relucir alimentos envasados, con lo cual hicieron reír a los mirones, pues en las rutas árticas los alimentos envasados son una quimera.

—Mantas como para un hotel —dijo uno de los que se reían y ayudaban—. Con la mitad tienen más que suficiente. Desháganse de la tienda y de todos esos platos: ¿quién va a lavarlos? ¡Oh Dios!: ¿les parece que están viajando en coche-dormitorio?

Y así prosiguió la inexorable eliminación de lo superfluo. Mercedes lloró cuando sus maletas fueron arrojadas al suelo y hechas a un lado, una tras otra, todas sus prendas. Lloraba en general y lloraba también en particular por cada pertenencia descartada. Suplicó de rodillas, transida de dolor, y juró que no daría un paso más ni siquiera por una docena de Charles. Rogó a todos y a todo, y por último se secó los ojos y procedió a descartar ropas que eran de imperativa necesidad. Y en su ardor, una vez que hubo concluido con las propias, la emprendió con las pertenencias de los hombres y las revolvió como un huracán.

Hecho eso, el equipo de viaje, aunque reducido a la mitad, era todavía una mole formidable. Charles y Hal salieron por la tarde y compraron seis perros. Incorporados a los seis del tiro primitivo más Teek y Kooná, los

perros esquimales adquiridos en Rink Rapids por Perrault formaron un conjunto de catorce. Pero los perros nuevos, aunque ya prácticamente adiestrados a su llegada, no servían para gran cosa. Dos eran pachones de pelo corto, otro era un Terranova y los dos restantes, mestizos de raza indefinida. Los recién llegados parecían no saber nada. Buck y sus compañeros los miraban con disgusto y si bien aquél les enseñó en seguida qué lugares ocuparían y qué les estaba prohibido hacer, no logró enseñarles qué debían hacer. No se adaptaban al trabajo. Con excepción de los dos mestizos, estaban confundidos y desalentados por el salvaje y extraño ambiente en que se encontraban y por el trato recibido. Los mestizos carecían por completo de vitalidad; daban la impresión de un montón de huesos movidos por un resorte.

Con los inútiles y desvalidos recién llegados y el viejo equipo exhausto por dos mil quinientas millas de continuo viaje, el panorama no resultaba nada brillante. Aun así, los dos hombres se mostraban contentos. Y orgullosos también. Se disponían a hacer lo que nadie había hecho: utilizar catorce perros. Ellos habían visto otros trineos que por el desfiladero partían hacia Dawson o llegaban de Dawson, pero nunca habían visto un trineo con nada menos que catorce perros. Habían resuelto el viaje con lápiz y papel: tanto por perro, por tantos perros, por tantos días, igual a tanto. Mercedes atisbaba por sobre los hombros de ellos y asentía comprensivamente: ¡era todo tan simple!

Ya muy entrada la mañana siguiente, Buck condujo el equipo calle arriba. La marcha carecía de vivacidad: no había asomos ni de vigor ni de gallardía tanto en el líder como

en sus compañeros. Emprendían el viaje completamente agotados. Buck había cubierto cuatro veces la distancia entre Salt Water y Dawson, y la certeza de que, abatido y cansado, enfrentaba la misma travesía una vez más, lo amargaba. Ni él ni ninguno de los otros se entregaba por entero al trabajo. Los perros extranjeros eran tímidos y miedosos; los nativos desconfiaban de sus amos.

Buck se daba cuenta vagamente de que no tenía sentido depender de aquellos dos hombres y aquella mujer. No sabían hacer nada y, con el correr de los días, quedó demostrado que eran incapaces de aprender. Eran descuidados en todo, carentes de orden y de disciplina. La mitad de la noche se les iba en armar eficientemente el campamento, y la mitad de la mañana en levantarlo y en cargar tan deficientemente el trineo que el resto del día lo pasaban deteniéndose y reacomodando la carga. Hubo días en que ni siquiera hicieron diez millas. Y otros en los que fueron incapaces de emprender la marcha. Y en ninguna jornada lograron cubrir más de la mitad de la distancia que los hombres habían tomado como base al calcular la comida de los perros.

Inevitablemente habría de faltarles alimento para los animales. Sin embargo, ellos mismos precipitaron esa situación al sobrealimentarlos y adelantaron el momento de pasar hambre. Los perros extranjeros, cuyas digestiones no estaban acostumbradas por el hambre crónica a obtener lo más de lo menos, tenían un apetito voraz. Y como, por añadidura, los perros esquimales tiraban débilmente, Hal concluyó que la ración normal era harto escasa. Y la llevó al doble. Para rematar todo eso, cuando con lágrimas en sus lin-

dos ojos y temblorosa voz, no pudo convencerlo de que les diera aun más, Mercedes comenzó a saquear los costales de pescado y a alimentarlos a escondidas. Pero lo que Buck y sus compañeros necesitaban no era comida, sino descanso. Y si bien avanzaban con lentitud, la pesada carga que tenían que arrastrar minaba seriamente las fuerzas de todos ellos.

Llegó, después, el tiempo de las privaciones. Hal se levantó cierta mañana y halló que la mitad del alimento para los perros había desaparecido y que sólo habían hecho la cuarta parte del viaje. Además, fuese por dinero, fuese gratuitamente, era imposible ya un abastecimiento complementario. Por lo tanto, Hal mermó la ración habitual y procuró extender la etapa diaria. Su hermana y su cuñado estuvieron de acuerdo. Sin embargo, la incompetencia de cada uno de ellos y la pesada carga frustraron el esfuerzo. Resultaba fácil darles menos comida a los perros, pero resultaba imposible que los perros cubrieran distancias mayores mientras sus amos, incapaces de emprender más temprano la marcha cotidiana, no lograran viajar más horas. No sólo no sabían cómo tratar a los perros, sino que tampoco sabían qué hacer consigo mismos.

El primero en caer fue Dub. Pobre y tonto ladronzuelo al que siempre sorprendían y castigaban, había sido empero un incansable trabajador. Su hombro dislocado, carente de cuidado y de descanso, fue de mal en peor hasta que, finalmente, Hal le pegó un tiro con su gran revólver Colt. En las regiones árticas suele decirse que un perro extranjero muere de hambre con la ración de un perro esquimal; así, pues, los seis perros extranjeros del

equipo, con la mitad de esa ración, no podían hacer menos que morir. El Terranova fue el primero, lo siguieron los tres pachones de pelo corto; los dos mestizos se aferraron más denodadamente a la vida, pero también perecieron.

Para ese entonces, toda la afabilidad y la educación meridionales habían desaparecido de aquellas tres personas. Despojada ya de su novelesco atractivo, la travesía del Artico se les convirtió en una realidad harto rigurosa. Mercedes dejó de compadecerse de los perros, ya que estaba demasiado ocupada en compadecerse de sí misma y en disputar con su marido y con su hermano. Las reyertas eran lo único de lo que jamás se cansaban. La irritabilidad de cada uno de ellos nació de su desdicha, creció con ella, la duplicó, la dejó muy atrás. La paciencia maravillosa que adquieren los hombres que trabajan y padecen en las rutas árticas sin que ello menoscabe su amabilidad y su benevolencia no rozó a aquellos hombres y aquella mujer. No tenían siquiera noción de esa paciencia. Eran torpes y estaban, además, mortificados; les dolían los músculos, les dolían los huesos, les dolía hasta el mismo corazón; se trataban con violencia y no hacían más que cambiar agravios de la mañana a la noche.

Charles y Hal disputaban no bien Mercedes les daba oportunidad. Tanto el uno como el otro creían que trabajaban más de lo que les correspondía, y ninguno de los dos dejaba de manifestarlo en cuanto tenía ocasión. A veces Mercedes se ponía de parte de su marido; a veces, de parte de su hermano. El resultado era una linda e interminable riña de familia. Bastaba con discutir a quién le tocaba cortar

leña para el fuego (discusión que sólo incumbía a Charles y Hal), y al instante toda la parentela salía a relucir: padres, madres, tíos, primos, gente que se hallaba a cientos de millas de distancia o que ya había muerto. Que los puntos de vista de Hal en materia de arte o que la clase de obras que había escrito el hermano de su madre tuvieran algo que ver con el corte de leña para el fuego, es cosa que supera toda posibilidad de comprensión; sin embargo, la disputa se orientaba en esa dirección o en dirección a los prejuicios políticos de Charles. Y que la lengua viperina de la hermana de Charles tuviera algo que ver con el hecho de encender un fuego en algún remoto punto del Yukon, era evidente sólo para Mercedes, que daba rienda suelta a sus caudalosas opiniones sobre el particular y, en forma incidental, sobre algunos otros rasgos desagradablemente peculiares de la familia de su marido. Mientras tanto, el fuego seguía sin encender, el campamento a medio armar y los perros en ayunas.

Mercedes se sentía agraviada: agraviada en su condición de mujer. Era bonita y delicada, y había sido tratada cortésmente durante toda su vida. Pero el trato que ahora le daban su marido y su hermano era cualquier cosa menos cortés. Era costumbre suya proceder como si estuviera desamparada. Hal y Charles se exasperaban. Ante el desconocimiento de lo que para ella era la prerrogativa fundamental de su sexo, les hacía la vida imposible. No sentía ya consideración con los perros y, por sentirse ofendida y cansada, insistía en sentarse en el trineo. Era bonita y delicada, pero pesaba ciento veinte libras: algo más que una leve brizna sobre la pesada carga que arrastraban los debilitados y hambrientos

animales. Así viajó durante días, hasta que los perros se desplomaron en el sendero y el trineo se detuvo. Charles y Hal le rogaron que se levantara y caminara, le imploraron de rodillas, en tanto ella lloraba e importunaba al cielo con la narración de las torturas que le hacían padecer.

En cierta ocasión la sacaron del trineo por la fuerza. Nunca más lo intentaron. Mercedes aflojó las piernas como un niño malcriado y se desplomó en el sendero. Hal y Charles siguieron viaje, pero ella no se movió. Después de haber recorrido tres millas, descargaron el trineo, volvieron a buscarla y, también por la fuerza, la subieron al trineo.

Abrumados por su propia desdicha, ni reparaban en el sufrimiento de los animales. Para Hal, cuya tesis quedaba demostrada sobre el pellejo de los demás, uno debía endurecerse. Comenzó predicando esa teoría a su hermana y a su cuñado, y, al fracasar sobre ellos, se la inculcó a los perros a fuerza de golpes. Al llegar a Five Fingers la comida de los animales se había agotado y una vieja india desdentada les ofreció algunas libras de tasajo de caballo a cambio del revólver Colt que, en el cinturón de Hal, hacía juego con el cuchillo de caza. Aquel tasajo resultó un pobre sustituto del alimento, pues no era más que resacas lonjas de pellejo arrancado a animales muertos de hambre hacía ya seis meses. Como estaba congelado, más parecía rebabas de hierro galvanizado, y cuando un perro se lo echaba al estómago se convertía en delgadas e insubstanciales tiras de cuero y en una irritante e indigesta masa de cerdas.

Y en medio de todo eso, como en una pesadilla, Buck continuaba tambaleándose al frente del equipo. Tiraba cuando podía y

cuando ya no podía tirar más se desplomaba y permanecía tendido hasta que los golpes o los latigazos lo obligaban a ponerse nuevamente de pie. El brillo y la suavidad de su pelambre habían desaparecido por completo. El pelo le caía lacio y sucio o amazacotado con coágulos resecos en los sitios donde había recibido los golpes de Hal. Sus músculos estaban reducidos a cordones nudosos y la carne había desaparecido, de modo que cada costilla y cada hueso del esqueleto se le delineaba claramente a través de la piel, que pendía en pliegues flácidos. Daba pena verlo: pero el ánimo de Buck era irreductible. El hombre de la tricota roja lo había comprobado.

Lo que ocurría con Buck ocurría con sus compañeros. Eran esqueletos andantes. En total, quedaban siete perros. Los padecimientos los habían tornado insensibles al mordisco del látigo y a los golpes. El dolor del castigo era confuso y remoto, tal como las cosas que veían con los ojos y oían se les antojaban confusas y remotas. Eran simplemente bolsas de huesos en las que la chispa de la vida titilaba apenas. Cuando hacían alto, se dejaban caer en el sendero, como muertos, y la chispa se atenuaba y palidecía, y parecía extinguirse. Y cuando el garrote o el látigo caía sobre ellos, la chispa se avivaba débilmente y todos se incorporaban y, tambaleándose, proseguían la marcha.

Y así llegó el día en que Billee el bueno se desplomó y no pudo levantarse. Hal, que ya no tenía el revólver, tomó el hacha y descargó un golpe mortal sobre la cabeza de Billee; después desenganchó el cadáver y lo dejó a un costado del camino. Buck vio todo y también sus compañeros vieron todo: y todos comprendieron que les estaba reservada idéntica

suerte. Al día siguiente cayó Kooná. Pero aún quedaban cinco: Joe, tan debilitado que ya no podía ser perverso; Pike, rengo y mutilado, sólo a medias consciente y no lo bastante para haraganear; Sol-leks, el tuerto, todavía fiel a la ley del sendero, y acongojado porque le quedaba muy poca fuerza para arrastrar el trineo; Teek, que no había viajado mucho ese invierno y que por ser el más nuevo recibía más castigo que los otros, y Buck, siempre al frente del equipo, aunque ya no se afanara por mantener la disciplina o por quebrantarla, ciego de debilidad la mitad del tiempo, manteniéndose en el sendero por los reflejos de éste y por el apagado tacto de sus patas.

Había un hermoso clima de primavera, pero ni los perros ni los hombres lo advertían. El sol salía cada vez más temprano y se ponía cada vez más tarde. Amanecía a las tres de la mañana y el crepúsculo duraba hasta las nueve de la noche. El día entero era una radiante hoguera. El fantasmal silencio del invierno había dado paso al gran murmullo primaveral de la vida que despierta. Ese rumor se elevaba de toda la tierra, pleno de alegría de vivir. Partía de las cosas que vivían otra vez, cosas que habían permanecido como muertas y que no se habían movido durante los largos meses de frío. La savia trepaba por los pinos. Los robles y los álamos estallaban en brotes. Arbustos y vides se cubrían con tiernos mantos de verdor. Los grillos cantaban en la noche y durante el día incontables especies de animales reptaban en busca del sol. Perdices y pájaros carpinteros alborotaban en los bosques. Las ardillas chillaban, gorjeaban los pájaros y densas bandadas de patos silvestres que llegaban del Sur cubrían el cielo y rasgaban el aire con sus graznidos.

En las pendientes se oía el rumor del agua, la música de ocultos manantiales. Todo se deshela, todo se estremecía, todo palpita. El Yukon pugnaba por librarse del hielo que lo cubría, corroyendo por debajo aquel manto que el sol corroía por fuera. Se formaban agujeros, aparecían fisuras, se abrían grietas y el río devoraba los témpanos más delgados; y en medio de ese restallante, crepitante, vibrante despertar a la vida, bajo el ardiente sol y a través de acariciantes brisas, cual peregrinos que fueran hacia la muerte, los dos hombres, la mujer y los perros avanzaban tambaleantes.

Los perros desfallecían; Mercedes, sentada en el trineo, no cesaba de llorar; Hal maldecía constantemente y Charles ya era presa de la desesperación cuando arribaron al campamento de John Thornton, en la desembocadura del White River. Apenas se detuvieron, los perros se desplomaron como si los hubiesen herido de muerte. Mercedes se enjugó los ojos y miró a John Thornton. Charles se sentó en un tronco a descansar. Se sentó lenta y penosamente, pues estaba entumecido. Y Hal tomó la palabra. John Thornton estaba dando los últimos toques a un mango de hacha labrado en una rama de abedul. Escuchó sin dejar de trabajar, respondió con monosílabos y, cuando se lo requirieron, dio su parecer. Conocía a la gente de esa clase y daba su parecer con la certeza de que no lo tendrían en cuenta.

—Allá arriba nos dijeron que el sendero se estaba desmoronando y que lo mejor que podíamos hacer era esperar —respondió Hal cuando Thornton les aconsejó que no se arriesgaran más por el hielo resquebrajado—.

Nos dijeron que no podríamos llegar a White River, y, sin embargo, aquí estamos.

—Y les dijeron la verdad —replicó Thornton—. El sendero se desmoronará en cualquier momento. Sólo los necios, con la suerte ciega de los necios, pueden atreverse a recorrerlo. Entérese: ni por todo el oro de Alaska, yo me atrevería a arriesgar mi pellejo en ese hielo.

—Porque usted no es un necio, supongo —dijo Hal—. De todos modos, nosotros continuaremos hacia Dawson. —Desenrolló el látigo—: ¡Muévete, Buck! ¡Vamos: andando! ¡Arre!

Thornton siguió trabajando. Sabía que era inútil interponerse entre un necio y su necedad, y que dos o tres necios más o menos no alterarían el orden de las cosas.

Pero el equipo no obedeció la orden de Hal. Para que se despabilara era necesario, desde hacía algún tiempo, apelar al castigo. El látigo relampagueó en el aire, a diestro y siniestro, y cayó una y otra vez sobre los animales. John Thornton apretó los labios. Solleks fue el primero en incorporarse; Joe lo siguió, aullando lastimeramente. Pike hizo denodados esfuerzos: en dos oportunidades, cuando estaba casi en pie, se desplomó en el suelo; no obstante, con un tercer esfuerzo, consiguió levantarse. Buck, en cambio, no se apartó del sitio donde se había tumbado. Los latigazos lo alcanzaron una y otra vez, pero no se quejó ni se movió. En más de un momento, Thornton estuvo a punto de intervenir, pero se contuvo. Tenía los ojos húmedos y, como el castigo proseguía, comenzó a ir y venir, evidentemente nervioso.

Era la primera vez que Buck no obedecía;

Hal, que se creyó con motivo más que suficiente para montar en cólera, cambió el látigo por el garrote. A pesar de la lluvia de golpes que se abatía sobre él, Buck se resistió a moverse. Igual que sus compañeros, apenas si podía incorporarse; pero, a diferencia de ellos, había resuelto no hacerlo. Lo embargaba el confuso presentimiento de un desastre inminente. Aquella sensación lo había asaltado en el momento de enfilarse la orilla del río y no lo abandonaba desde entonces. Por haber pisado durante todo el día nada más que hielo delgado y quebradizo, parecía como intuir la proximidad de un desastre sobre ese hielo al que su amo quería conducirlo. Se negó a moverse. Tanto había padecido y tan débil estaba que no sintió el castigo. Y mientras los golpes arreciaban sobre él, la chispa de la vida vaciló y se tornó más y más pequeña. Estaba ya a punto de extinguirse. Buck sentía un extraño sopor. Se daba cuenta de que lo castigaban, pero como si todo ocurriese muy lejos. Las últimas sensaciones de dolor desaparecieron. Ya no sentía nada; sin embargo, muy débilmente, podía oír el ruido del garrote sobre su cuerpo. Pero su cuerpo ya no era suyo, sino algo muy remoto.

Y entonces, de pronto, sin aviso, con un grito inhumano que más parecía el alarido de una fiera, John Thornton se abalanzó sobre el hombre que esgrimía el garrote. Hal retrocedió tambaleándose, como si lo hubiera alcanzado un árbol al caer. Mercedes comenzó a chillar. Charles levantó la vista, desconcertado, y se restregó los ojos; pero, como seguía entumecido, ni intentó ponerse de pie.

John Thornton estaba junto a Buck y procuraba dominarse, pues la indignación le impedía hablar:

—Si vuelves a pegarle a ese perro, te mato —consiguió decir por fin con voz ahogada.

—El perro es mío —respondió Hal, limpiándose la sangre de la boca y retrocediendo aún más—. ¡Fuera de mi camino si no quieres que te ajuste cuentas a ti también! Voy a Dawson.

Thornton se había interpuesto entre Hal y Buck, y era evidente que no tenía intención de apartarse. Hal desenvainó su largo cuchillo de caza. Mercedes chillaba, gritaba, reía, presa de un compulsivo ataque de histeria. Con el mango del hacha, Thornton golpeó a Hal en los nudillos y lo obligó a soltar el cuchillo. Y cuando su adversario se agachó para recoger el arma, volvió a golpearlo. Después se inclinó, levantó el cuchillo y, con un par de golpes, cortó las riendas de Buck.

A Hal no le quedaban ánimos para pelear. Además, tenía las manos ocupadas en atender a su hermana. Mejor dicho, los brazos. Y, en cambio, Buck estaba demasiado cerca de la muerte como para ser utilizado en tirar del trineo. Minutos después, Hal, Mercedes y Charles se apartaron de la orilla y enfilaron hacia la helada superficie del río. Buck los oyó y volvió la cabeza para verlos: Pike iba al frente, Sol-leks junto al trineo y Joe y Teek al medio. Todos renqueaban y se tambaleaban. Mercedes viajaba en el cargado trineo, Hal se ocupaba del timón y Charles, a la zaga, avanzaba a tropezones.

Mientras Buck los miraba, Thornton se arrodilló junto a él y con sus rudas y afectuosas manos lo palpó para cerciorarse de que no hubiera huesos rotos. Cuando terminó de comprobar que todo se reducía a unas cuantas magulladuras y una terrible falta de ali-

mento, los viajeros se encontraban ya a un cuarto de milla. El perro y el hombre continuaron mirando el trineo, que se deslizaba penosamente por la helada superficie del río. De pronto vieron que su parte posterior se elevaba, como si el vehículo hubiera topado con un obstáculo, y que Hal, sin soltar la vara de dirección, daba una vuelta en el aire. Alcanzaron a oír el grito de Mercedes. Y vieron también que Charles se volvía y daba un paso para regresar. Después, un gran bloque de hielo cedió y los perros y los viajeros desaparecieron. Un enorme boquete fue todo lo que quedó. El sendero se había desmoronado.

John Thornton y Buck se miraron.

—¡Eres un pobre diablo! —dijo John Thornton. Y Buck le lamió la mano.

Anteriormente, en el mes de diciembre, a John Thornton se le habían helado los pies; sus socios, luego de prepararle todo lo necesario para que estuviera cómodo, se habían marchado a Dawson en busca de una balsa de troncos. Thornton renqueaba ligeramente todavía cuando rescató a Buck, pero con el tiempo, que se mantuvo constantemente cálido, desapareció hasta el menor vestigio de aquella cojera. Y allí, tendido a orillas del río durante los largos días de primavera, contemplando el curso del agua, escuchando indolentemente el canto de los pájaros y las voces de la naturaleza, Buck recuperó poco a poco su vigor.

Un descanso siempre viene muy bien después de haber recorrido tres mil millas y justo es confesar que Buck se tornó algo perezoso mientras se le cerraban las heridas, se le fortalecían los músculos y volvía a echar carnes. Cabe señalar que allí todos haraganeaban (Buck, John Thornton y Skeet y Nig), en espera de la balsa que habría de llevarlos a Dawson. Skeet era una perdiguerita irlandesa que en seguida hizo amistad con Buck, quien, casi muerto de inanición, no pudo rechazar sus primeros avances. Skeet tenía esa devoción de samaritana que suelen poseer algunas perras, y como una gata madre lava a sus mininos, así lavaba y limpiaba ella las

heridas de Buck. Puntualmente, todas las mañanas, una vez que él había concluido su desayuno, se entregaba con dedicación a la tarea, al punto de que Buck llegó a desear esas atenciones tanto como las de Thornton. Nig, igualmente amistoso aunque menos demostrativo, era un perrazo negro, cruz de sabueso y galgo, de ojos sonrientes y amable índole.

Para sorpresa de Buck, ninguno de esos perros demostró celos de él. Parecían contagiados por la bondad y la generosidad de John Thornton. A medida que Buck fue recuperando su fortaleza lo instaron a toda clase de juegos, en los que Thornton no pudo menos que participar. Así pasó Buck su convalecencia y comenzó una nueva vida. Por primera vez en su existencia conoció el amor, el verdadero amor. Jamás lo había sentido en la casa del juez Miller, allá en el soleado valle de Santa Clara. Su vínculo con los hijos del juez había sido una sociedad para la caza y el vagabundeo; con los nietos del juez, algo así como una tutela pomposa, y con el juez mismo, una amistad majestuosa y digna. Pero el amor que es fiebre y fuego, que es adoración, que es locura, sólo John Thornton se lo inspiró.

Ese hombre le había salvado la vida, lo que ya era algo; pero, además, era el amo ideal. Otros hombres proveían al bienestar de sus perros por obligación o por conveniencia; John Thornton proveía al de los suyos como si se tratara de sus propios hijos, porque no podía evitarlo. Y hacía más todavía. Nunca negaba un saludo cordial o una frase de aliento, ni se olvidaba de sentarse a conversar largamente con ellos ("a charlar", según sus

palabras), cosa que era tan grata para él como para los perros. Tenía una particular manera de tomar rudamente entre sus manos la cabeza de Buck a la vez que apoyaba en ella su propio rostro, y de sacudirla de un lado a otro llamándolo con motes obscenos que para Buck eran palabras de amor. Buck no conocía alegría más grande que ese rudo abrazo y el sonido de las groserías murmuradas, y a cada sacudón parecía que el corazón se le iba a saltar del pecho; tan grande era el éxtasis. Y cuando el amo lo soltaba, se alzaba sobre las patas traseras, sonriente la boca, elocuentes los ojos, el cuello estremecido por sonidos no articulados, y se inmovilizaba en esa actitud. John Thornton no podía entonces dejar de exclamar:

—¡Dios! ¡A este perro sólo le falta hablar!

La artimaña con que Buck expresaba su afecto resultaba dolorosa. A menudo asía con la boca la mano de Thornton y apretaba tanto las mandíbulas que durante largo rato las marcas de sus dientes quedaban impresas en la carne. Y así como Buck comprendía que las malas palabras eran palabras de amor, así él hombre comprendía que ese mordisco era una caricia.

Sin embargo, el amor de Buck se expresaba, en su mayor parte, como adoración. Aunque se enloquecía de felicidad cuando Thornton lo acariciaba o le hablaba, no buscaba esas muestras de afecto. A diferencia de Skeet, que metía su hocico en la mano de Thornton y la lamía y lamía hasta conseguir un mimo, y de Nig, que apoyaba su enorme cabeza en las rodillas del amo, Buck se contentaba con adorarlo a distancia. Permanecía

horas enteras, ansioso, alerta, a los pies de Thornton, mirándole la cara, escrutándosela, estudiándosela, siguiendo con profundo interés cada una de sus expresiones, cada cambio de humor. O, como solía ocurrir, se echaba a cierta distancia, a un costado o detrás de Thornton, y atisbaba el perfil y los menores movimientos de su mano. Y a menudo, tal era la comunión en que vivían, la intensidad de la mirada de Buck obligaba a John Thornton a volver la cabeza y a devolver, sin palabras, aquella mirada, con el alma en los ojos, tal como el alma de Buck brillaba en los suyos.

A Buck no le hacía gracia perder de vista a Thornton: desde el momento en que éste salía de la tienda hasta que volvía a entrar, lo seguía pisándole los talones. Los continuos cambios de dueño habían acabado por hacerle sospechar que ningún amo es permanente y temía que Thornton se alejara de su vida tal como se habían alejado Perrault, François y el mestizo escocés. Aun durante la noche, en sueños, esa sospecha lo obsesionaba. En tales circunstancias, se despertaba y se arrastraba hasta la entrada de la tienda y allí se detenía a escuchar la respiración de su amo.

Sin embargo, no obstante el amor que sentía por John Thornton, amor que parecía proclamar la suave influencia de la civilización, el instinto selvático, azuzado por el ambiente de las tierras árticas, se mantenía vivo y activo. La fidelidad y la devoción habían nacido en él junto al fuego del hogar, pero conservaba la ferocidad y la astucia. Era un producto de la selva, que había llegado de la selva para tenderse a los pies de John Thornton, más que un perro del cálido Sur signado

por siglos de civilización. Por obra de su gran amor no podía huir de aquel hombre, en tanto que de cualquier otro hombre, de cualquier otro campamento, no hubiera vacilado un instante en hacerlo, pues su astucia lo habría salvado de ser atrapado.

Su cara y su cuerpo estaban marcados por los dientes de muchos perros, y peleaba tan fieramente como siempre y hasta con mayor astucia. Skeet y Nig eran demasiado pacientes como para pelear. Y además pertenecían a John Thornton. En cambio, los perros ajenos, cualesquiera fuesen su raza y su coraje, o admitían de buenas a primeras la superioridad de Buck o eran arrastrados a una lucha a muerte con un adversario terrible. Y Buck era despiadado. Había aprendido bien la ley del garrote y del colmillo, y nunca desaprovechaba una ventaja ni cejaba en su empeño ante un enemigo al que estuviera matando. Había aprendido de Spitz y de los más bravos perros de la policía y del correo, y sabía que no era posible transigir. Debía dominar o ser dominado; la compasión era debilidad. La piedad no existía entre los seres primitivos: se la confundía con el miedo. Y errores tales llevaban a la muerte. Matar o ser matado, comer o ser comido era la ley, y ese mandato, que llegaba desde lo más remoto del Tiempo, era acatado por Buck.

Su edad superaba a sus años. Vinculaba el pasado con el presente y la eternidad palpitaba en él con el poderoso ritmo con que se suceden las mareas y las estaciones. Sentado junto al fuego de John Thornton no era más que un perro de ancho pecho, blancos colmillos y largo pelaje: pero detrás de él estaban los espectros de toda clase de perros,

semilobos y lobos feroces, dominadores y poderosos, que probaban el sabor del alimento que él comía, sedientos del agua que él bebía, husmeando el aire con él, oyendo con él y revelándole los ecos de la vida salvaje en los bosques, imponiéndole sus costumbres, dirigiendo sus acciones, tendiéndose a dormir con él cuando él se tendía a dormir y soñando con él y más allá de él y transformándose en la materia de sus sueños.

Tan perentoriamente lo reclamaban esos espectros que de día en día la humanidad y las exigencias de la humanidad se alejaban cada vez más. En las profundidades de la selva resonaba un llamado, y a menudo, al escuchar ese llamado, misteriosamente estremecedor y atrayente, se sentía obligado a dar la espalda al fuego y a la tierra asendereada que lo rodeaba, y a precipitarse en el bosque, siempre adelante, sin saber hacia dónde ni por qué: no se preguntaba hacia dónde ni por qué mientras el llamado resonaba imperativamente en las profundidades de la selva. Pero no bien alcanzaba la suave tierra virgen y la sombra del bosque, el amor a John Thornton lo arrastraba otra vez hacia el fuego.

Tan sólo Thornton lo retenía. El resto de la humanidad nada significaba. Los viajeros podían alabarlo o acariciarlo: él se mostraba indiferente a todo, y si aquellos hombres eran demasiado demostrativos se incorporaba y se alejaba. Cuando Hans y Pete, los socios de Thornton, regresaron con la tan esperada balsa, Buck se negó a prestarles atención hasta que hubo aprendido que eran amigos de su amo; después los toleró pasivamente, aceptando los halagos como si fuera él quien

los brindara. Ambos tenían la rudeza de Thornton y, como él, vivían en contacto directo con la tierra, pensaban con sencillez y veían las cosas claramente. No habían terminado de amarrar la balsa al desembarcadero de Dawson cuando ya comprendían a Buck y sus costumbres, y no insistieron en lograr una intimidación igual a la que tenían con Skeet y Nig.

En cambio, su amor por Thornton parecía crecer más y más. Sólo él podía, en los viajes de verano, poner una carga sobre el lomo de Buck. Para Buck, nada era demasiado cuando su amo lo ordenaba. Cierta día (habían cavado y hachado ellos mismos para preparar la balsa y partir de Dawson rumbo a las fuentes del Tanana), los hombres y los perros se hallaban sentados en la cresta de un acantilado que caía a pico, sobre un lecho de roca desnuda, situado a unos trescientos pies de profundidad. John Thornton se había sentado casi al borde y Buck junto a él. Una caprichosa idea dominó a Thornton, que llamó la atención de Hans y Pete sobre la ocurrencia que pensaba poner en práctica:

—¡Salta, Buck! —ordenó, girando el brazo hacia el abismo.

Un segundo después se trababa en lucha con Buck, al borde mismo del precipicio, mientras Hans y Pete los arrastraban para ponerlos a salvo.

—Es portentoso —dijo Pete después que hubieron recobrado el aliento.

Thornton meneó la cabeza:

—No: es espléndido; y terrible además. ¿Saben?, a veces me da miedo.

—No me gustaría estar en el pellejo de quien te ponga las manos encima mientras él

se halle cerca —sentenció Pete, moviendo la cabeza en dirección a Buck.

—¡Pog Crigsto! —terció Hans—. *Mi* tampoco.

Antes de que terminara el año, los temores de Pete se cumplieron en una taberna de Circle City. "Black" Burton, individuo pendenciero y de mala índole, había estado provocando a un forastero, y Thornton se interpuso para evitar la pelea. Buck, según su costumbre, se había tendido en un rincón, con la cabeza sobre las patas; y vigilaba todos los movimientos de su amo. Sin decir agua va, Burton lanzó un feroz puñetazo; Thornton trastabilló, pero pudo evitar la caída aferrándose al caño del mostrador.

Los testigos de la escena oyeron algo que no era ni ladrido ni aullido, sino más bien un rugido, y vieron que desde el suelo el cuerpo de Buck se proyectaba por el aire hacia el cuello de Burton. El hombre salvó la vida porque levantó instintivamente un brazo, pero cayó de espaldas, con Buck a cuestas. Buck soltó el brazo en el que había clavado los colmillos y una vez más intentó alcanzar el cuello de Burton. Esta vez el pendenciero sólo logró su propósito a medias, pues un mordisco le desgarró el cuello. Después, la multitud se abalanzó sobre Buck y consiguió apartarlo. Y mientras un médico contenía la hemorragia de Burton, Buck se paseó de un lado a otro, gruñendo ferozmente, intentando volver al ataque y retrocediendo ante un montón de varas hostiles. Hubo de inmediato un "concejo de mineros", que decidió que el perro había sido provocado, y Buck quedó libre de culpa. Pero había conquistado ya una reputación y a partir de aquel día su nombre

se difundió en todos los campamentos de Alaska.

Tiempo después, durante el otoño, Buck volvió a salvarle la vida a John Thornton, pero en circunstancias muy distintas. Los tres socios conducían una larga y angosta canoa de remos esquivando los rápidos del Forty Miles. Hans y Pete, desde la orilla, remolcaban la embarcación con una cuerda de cáñamo que sujetaban de árbol en árbol. Mientras tanto, desde la canoa, Thornton facilitaba el descenso con una pértiga y daba instrucciones a sus socios. Buck, en la orilla, se mantenía en línea con la embarcación, preocupado y ansioso, con los ojos fijos en su amo.

En un punto especialmente peligroso, donde asomaban las rocas de un arrecife escasamente sumergido, Hans aflojó la cuerda; después, en tanto que Thornton, con el remo, trataba de impulsar la canoa río adentro, corrió por la ribera, siempre con el extremo de la cuerda en la mano, para acercar la embarcación una vez superado el arrecife. Pero luego de sortear el escollo la canoa siguió aguas abajo, tan velozmente que parecía volar. Y cuando Hans la frenó dando un tirón a la cuerda, la frenó harto bruscamente. La canoa se bamboleó y acabó volcándose sobre la orilla, en tanto que Thornton, despedido por el impulso, era arrastrado por la corriente hacia lo peor de los rápidos: un tramo de aguas turbulentas de las que nadador alguno habría podido salir con vida.

Buck se zambulló y, al cabo de trescientas yardas de enloquecidos remolinos, alcanzó a su amo. Apenas hubo sentido que Thornton le aferraba la cola, Buck se dirigió a la costa, nadando con todo su espléndido vigor.

Pero el avance en esa dirección era lento, y extraordinariamente rápido el del agua. Desde el abismo llegaba el fatídico estruendo que la salvaje corriente hacía al ensancharse y ser desgarrada y pulverizada por las rocas que la hendían como los dientes de un peine gigantesco. La fuerza del agua al alcanzar el comienzo de los rápidos era terrible y Thornton sabía que la costa era inalcanzable. Desesperadamente trató de asirse de una roca, se golpeó contra otra y, con indescriptible violencia, fue a estrellarse en una tercera. Tras de soltar a Buck logró aferrarse con ambas manos a la resbaladiza superficie y, por sobre el fragor de la revuelta corriente, gritó:

—¡A la costa, Buck! ¡A la costa!

Buck apenas podía mantenerse a flote y, no obstante sus denodados esfuerzos, fue arrastrado por la corriente. Al oír que Thornton repetía la orden, levantó la cabeza por sobre el agua y la mantuvo erguida durante unos instantes, como en una última mirada, y después giró obedientemente hacia la costa. Nadó con todas sus fuerzas y Hans y Pete lo sacaron del río en ese preciso instante en que se torna imposible seguir nadando y comienza la destrucción.

Hans y Pete sabían que un hombre asido a una roca resbaladiza sólo podía resistir unos pocos minutos el embate de la impetuosa corriente. A la carrera avanzaron por la orilla hasta algo más allá del sitio donde Thornton se debatía; después, con cuidado de que no lo ahogara ni le trabara los movimientos, ataron al cuello de Buck la cuerda con la que habían remolcado el bote y lo lanzaron al agua. Buck nadó resueltamente, pero equivocó el rumbo. Descubrió su error demasiado

tarde, al pasar, arrastrado por la corriente, a unas doce brazadas de Thornton. Como si Buck hubiera sido un bote, Hans tiró de la cuerda, que estaba tensa y rozaba apenas el agua. El sacudón obligó a Buck a sumergirse y sumergido permaneció hasta que chocó con la orilla. Cuando lo sacaron del agua estaba semiahogado; Hans y Pete se echaron sobre él para ayudarlo a recobrar el aliento y hacerle devolver el agua; después, Buck se incorporó, pero en seguida se desplomó. El débil sonido de la voz de Thornton llegó hasta ellos y aunque no distinguieron las palabras comprendieron que no podía seguir resistiendo. La voz del amo produjo en Buck el efecto de una descarga eléctrica; de un salto se puso de pie y corrió hasta el sitio desde donde un rato antes se había arrojado al agua.

Una vez más volvieron a ceñirle la cuerda y volvieron a lanzarlo al río. Pero ahora tomó la dirección correcta. La primera vez se había equivocado; la segunda, no iba a cometer el mismo error. Hans sostenía la cuerda procurando que se mantuviera tensa y Pete, mientras tanto, la desenrollaba. Buck nadó hasta alcanzar la altura de Thornton y luego enfiló hacia él con la velocidad de un tren expreso. Thornton lo vio acercarse y cuando Buck, llevado por la corriente, lo embistió con la fuerza de un ariete, rodeó con ambos brazos el peludo cuello del animal. Hans aseguró la cuerda a un árbol y Buck y Thornton, jadeantes, sofocados, desapareciendo por momentos de la superficie y chocando ora el uno, ora el otro, contra el fondo de ese río poco profundo y erizado de piedras y troncos, fueron remolcados hasta la orilla.

Thornton estaba semiahogado; para que se recuperara, Hans y Pete lo tendieron boca abajo, apoyado el vientre sobre un tronco, y comenzaron a empujarlo enérgicamente hacia adelante y hacia atrás. Su primera mirada fue para Buck, sobre cuyo cuerpo, magullado y al parecer sin vida, Nig aullaba lúgubremente. Thornton mismo estaba magullado y herido, y una vez que se hubo recobrado examinó atentamente a Buck y halló tres costillas rotas.

—Está resuelto —anunció—; acampamos aquí.

Y así lo hicieron hasta que Buck se curó y estuvo en condiciones de reanudar la marcha.

Aquel invierno, en Dawson, Buck llevó a cabo otra hazaña, acaso no tan heroica, pero que sirvió para que su nombre superara muchas marcas en el tótem de la popularidad. Dicha hazaña les fue particularmente productiva a los tres socios, que carecían de los medios necesarios para proveerse de equipos y no podían, por lo tanto, emprender el viaje que desde hacía mucho tiempo deseaban realizar a las inexploradas regiones orientales, en las que aún no habían aparecido mineros. Todo comenzó en la taberna Eldorado, donde los parroquianos solían fanfarronear acerca de los méritos de sus perros favoritos. Por su prestigio, Buck era el blanco obligado de tales parroquianos y Thornton se vio en la necesidad de defenderlo. Luego de media hora de discusión un hombre afirmó que su perro podía hacer arrancar y conducir un trineo cargado con quinientas libras, otro alardeó de que el suyo podía hacer lo mismo con seiscientas y un tercero con setecientas.

—¡Bah, bah! —exclamó John Thornton—. Buck es capaz de arrastrar mil libras.

—¿Y despegarlas del hielo? ¿Y avanzar con ellas cien yardas? —preguntó Matthewson, uno de los potentados de la comarca y, además, el que había hablado de setecientas libras.

—Despegar y arrastrar cien yardas —dijo Thornton con tono tajante.

—Bien —respondió Matthewson, lenta y deliberadamente para que lo oyera todo el mundo—. Apuesto mil dólares a que no puede. Aquí están —concluyó, arrojando sobre el mostrador un saquito no más grande que una salchicha de Bolonia, lleno de oro en polvo.

Nadie respondió. La baladronada de Thornton, si lo había sido, había obtenido una réplica. Thornton sintió que el rubor le subía a las mejillas. Su lengua le había tendido una celada. Ignoraba si Buck sería capaz de arrastrar mil libras. ¡Media tonelada! La barbaridad de su afirmación lo aterraba. Tenía gran confianza en la fuerza de Buck y a menudo lo había supuesto capaz de arrastrar una carga semejante, pero nunca hasta entonces se había enfrentado con la posibilidad de hacerlo. Los ojos de una docena de hombres estaban fijos en él, silenciosos y atentos. Por otra parte, no disponía de mil dólares. Ni tampoco Hans o Pete:

—Afuera tengo un trineo cargado con veinte sacos de cincuenta libras de harina cada uno —prosiguió Matthewson con brutal insolencia—. Así, pues, no tiene usted que preparar nada.

Thornton no respondió. No se le ocurría qué decir. Paseó la mirada de rostro en ros-

tro, con la expresión ausente del hombre que ha perdido la facultad de pensar y busca en todas partes el estímulo que la ponga nuevamente en marcha. De pronto, sus ojos distinguieron a Jim O'Brien, un próspero mastodonte del que en otra época había sido compañero. Le bastó verlo para decidirse a hacer algo que jamás se le había ocurrido ni siquiera en sueños.

—¿Puedes prestarme mil dólares? —preguntó casi en un susurro.

—Claro que sí, John —contestó O'Brien y puso un hinchado talego junto al de Matthewson—, aunque es poca la fe que tengo en que ese animal te haga ganar la apuesta.

Los parroquianos de Eldorado se volcaron a la calle para presenciar la prueba. Las mesas quedaron vacías y jugadores y talladores salieron a ver cómo terminaba el desafío y para levantar apuestas. Varios cientos de hombres con guantes y abrigos de pieles se apiñaron en torno del trineo. El trineo de Matthewson, cargado con mil libras de harina, había estado al raso durante un par de horas y, con el intenso frío (sesenta grados bajo cero), los patines se habían adherido a la nieve. Algunos apostaron doble contra sencillo que Buck no podría mover el trineo. Y hubo una discusión sobre el significado del término "despegarlo". Según O'Brien, a Thornton incumbía el privilegio de desprender los patines, dejando a Buck la tarea de hacer arrancar el trineo. Matthewson insistió en que había querido decir que el perro debía quebrar los cepos de nieve que sujetaban los patines. A su favor se pronunció la mayor parte de los testigos del desafío, de modo que

la proporción de las apuestas creció hasta tres contra uno a favor de Buck.

No había quién se arriesgara, nadie creía a Buck capaz de cumplir la hazaña. Thornton se había visto obligado a aceptar el desafío, a pesar de sus dudas; y ahora que veía el trineo, el hecho concreto, y junto al trineo, tendidos en la nieve, los diez perros del equipo habitual, más imposible se le antojaba la empresa. Matthewson estaba jubiloso.

—¡Tres contra uno! —proclamó—. Voy otros mil en esa proporción, Thornton. ¿Qué dice usted?

La duda se reflejaba en el rostro de Thornton. Pero su espíritu de lucha (ese espíritu de lucha que supera dificultades, que no admite lo imposible y que es sordo a todo, menos al clamor de la batalla) se había despertado ya. Llamó a Hans y Pete. Cada uno de los socios vació su saco y entre los tres lograron reunir apenas doscientos dólares. Al borde de la indigencia, esa suma era todo el capital del que disponían; sin embargo, sin vacilar la apostaron contra los seiscientos dólares de Matthewson.

Una vez desenganchado el equipo de diez perros, Buck, con su propio arnés, fue uncido al trineo. Se le había contagiado la excitación general e intuía que en cierta forma se le presentaba la ocasión de hacer algo importante por Thornton. Su espléndido aspecto provocó murmullos de admiración. Su estado físico rayaba en la perfección, pues no tenía ni siquiera una onza de carne superflua, y las ciento cincuenta libras que pesaba eran otras tantas libras de coraje y vigor. Su piel brillaba con el brillo de la seda. Aunque es-

tuviera quieto, el pelaje del cuello y del pecho se le erizaba a cada momento, y se le estremecía al menor movimiento como si un exceso de vigor transmitiera vida y actividad a cada uno de los pelos. El ancho pecho y las fuertes patas delanteras armonizaban a la perfección con el resto del cuerpo, donde los músculos se ponían de relieve por debajo de la piel. La gente palpó esos músculos y los halló duros como el hierro, y las apuestas bajaron a doble contra sencillo.

—Escuche, amigo —tartajeó un miembro de la dinastía de los nuevos ricos, un potentado de los aluviones de Skookum—: le ofrezco ochocientos dólares por él, caballero; antes de la prueba, caballero; ochocientos tal como está.

Thornton meneó negativamente la cabeza y se acercó a Buck.

—Debe usted mantenerse a distancia —protestó Matthewson—: juego limpio y campo libre.

La multitud guardó silencio; sólo se oían las voces de los jugadores que ofrecían en vano apuestas de doble contra sencillo. Todo el mundo reconocía que Buck era un animal magnífico, pero veinte sacos con cincuenta libras de harina cada uno constituían, a los ojos de cualquiera, una carga harto pesada como para que alguien se decidiera a aflojar las correas de su bolsa.

Thornton se arrodilló junto a Buck, tomó entre sus manos la cabeza del animal y la apretó contra su propia mejilla. Pero no la sacudió juguetonamente, como era su costumbre, ni murmuró tampoco cariñosas obsenidades; en cambio, murmuró:

—¡Demuéstrame que me quieres, Buck!
¡Demuéstrame que me quieres!

Buck aulló con contenida vehemencia.

La multitud observó atentamente aquella escena. El asunto se tornaba misterioso. Parecía una conjuración. Cuando Thornton se puso de pie, Buck tomó con la boca una de las enguantadas manos de su dueño, se la oprimió con los dientes y la fue soltando lentamente, como con desagrado. Era su respuesta, expresada no con palabras, sino con amor. Thornton se apartó de él:

—Ahora, Buck —dijo.

Buck tiró un poco de las riendas; después, las aflojó unos centímetros. Así se lo habían enseñado.

—¡Arre! —resonó la voz de Thornton, cortando aquel expectante silencio.

Buck se inclinó hacia la derecha y terminó el movimiento con un sacudón que estiró las riendas y que frenó en seco el impulso de sus ciento cincuenta libras. La carga se estremeció y de los patines se elevó un crujido seco.

—¡A la izquierda! —ordenó Thornton.

Buck repitió la maniobra, esta vez hacia la izquierda. El crujido se convirtió en chasquido, el trineo vibró sobre su eje y los patines se deslizaron varias pulgadas hacia un costado. El trineo se había despegado. La gente contenía la respiración, sin darse cuenta.

—Y ahora, ¡arre!

La orden de Thornton resonó como un pistoletazo. Buck se lanzó hacia adelante y estiró las riendas con una violenta arremetida; todo su cuerpo se contrajo en aquel tremendo esfuerzo y, bajo la sedosa piel, los músculos reptaron y se anudaron como do-

tados de vida propia. Su pecho rozaba casi el suelo, sus patas se agitaban enloquecidas y sus pezuñas abrían surcos paralelos en la nieve apelmazada. El trineo se balanceó y vibró, a punto de arrancar. De pronto, Buck resbaló. Uno de los espectadores lanzó una maldición. Después, el trineo echó a andar: como en una rápida sucesión de sacudaduras, aunque ya no volvió a detenerse realmente. Media pulgada... Una pulgada..., dos pulgadas. Las sacudaduras fueron cada vez menos bruscas; a medida que el trineo cobraba impulso, Buck atenuaba sus esfuerzos, que cesaron cuando la marcha se tornó suave y uniforme.

Los espectadores soltaron el aliento y comenzaron a respirar otra vez, sin haber advertido que por un momento habían contenido la respiración. Thornton corría tras el trineo, alentando a Buck con palabras cariñosas. La distancia había sido convenida de antemano y a medida que Buck se acercaba a la pila de troncos que señalaba el fin de las cien yardas los vítores fueron creciendo hasta convertirse en un atronador clamoreo cuando el animal cruzó la meta y se detuvo al oír la voz de alto. Todo el mundo dio rienda suelta a su entusiasmo, incluso Matthewson. Sombreros y guantes volaron por el aire. Los hombres se daban la mano, sin reparar ninguno en el otro, y el entusiasmo acabó transformándose en una incoherente Babel.

Pero Thornton se dejó caer de rodillas junto a Buck, apretó contra su rostro la cabeza del animal y la sacudió de un lado a otro. Los primeros en llegar junto a Thornton lo oyeron insultar a Buck larga y fervientemente, dulce y cariñosamente.

—Escuche, caballero; escuche —exclamó el magnate de Skookum—: le ofrezco mil dólares por él, caballero. Mil, caballero... Mil doscientos, caballero.

Thornton se puso de pie. Sus ojos estaban húmedos. Las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Caballero —dijo al magnate de Skookum—: no. Puede irse usted al infierno. Es lo mejor que puede hacer, caballero.

Buck asió con los dientes la mano de Thornton. Thornton lo sacudió hacia adelante y hacia atrás. Como animados por un común impulso, los espectadores retrocedieron prudentemente. Ninguno de ellos habría de ser tan indiscreto que los interrumpiera.

VII LOS ECOS DEL LLAMADO

Al ganar en cinco minutos mil seiscientos dólares para John Thornton, Buck hizo posible que su amo pagara ciertas deudas y viajara con sus socios hacia el este, en busca de un fabuloso yacimiento cuya historia era tan antigua como la de la región. Muchos hombres lo habían buscado, pocos lo habían encontrado y menos aún habían regresado de la búsqueda. Ese ignoto yacimiento estaba aureolado de tragedia y envuelto en misterio. Nadie sabía nada acerca de su descubridor. La más añeja tradición se perdía antes de llegar a él. Había habido desde el principio una vieja y ruinoso cabaña. Algunos moribundos habían jurado que eso era verdad y que el yacimiento existía, confirmando su testimonio con pepitas de oro tan grandes como jamás se habían visto en las regiones del norte.

Pero nadie que estuviera aún con vida había saqueado esa morada de riquezas y los muertos muertos estaban, de modo que John Thornton, Pete y Hans, con Buck y seis perros más, se dirigieron al este, por un sendero desconocido, en procura del éxito donde hombres y perros tan buenos como ellos habían fracasado. Recorrieron setenta millas Yukon arriba, viraron hacia la izquierda al llegar al río Stewart, cruzaron el Mayo y el McQueston y siguieron avanzando hasta que

el Stewart se convirtió en un arroyo que se colaba entre las abruptas colinas que definían la columna vertebral del continente.

John Thornton pedía poco al hombre y a la naturaleza. No temía a la selva. Con un puñado de sal y un rifle era capaz de internarse en el desierto, dirigirse a donde se le antojara y permanecer allí cuanto quisiera. Sin prisa alguna, como los indios, cazaba su pitanza durante la jornada de viaje, y si no la conseguía, como los indios seguía adelante, con la certeza de que tarde o temprano la obtendría. Así, en ese gran viaje hacia el este, la carne recién cazada era el único alimento, las municiones y los arreos formaban lo más importante de la carga del trineo y el término del viaje se esfumaba en el futuro sin límites.

Para Buck era un gozo infinito ese andar cazando, pescando y vagabundeando interminablemente por lugares desconocidos. Durante semanas enteras avanzaban sin detenerse, días tras días, y durante semanas enteras acampaban en cualquier parte mientras los perros holgazaneaban y los hombres hacían agujeros en el suelo y lavaban sobre el fuego incontables calderos de lodo y grava. A veces pasaban hambre, a veces comían hasta el hartazgo, según la abundancia de la caza y la suerte del cazador. Llegó el verano y perros y hombres con los equipos a cuestas cruzaron en balsa azules lagos de montaña y remontaron desconocidos ríos en canoas rudimentarias hechas con troncos de árboles.

Los meses se sucedían y ellos erraban por la inmensidad desconocida donde no había hombres y en la que debía de haberlos

en caso de existir la Cabaña Perdida. Cruzaron desfiladeros en medio de huracanes de verano, se estremecieron bajo el sol de medianoche en las peladas montañas que dividían la zona boscosa y las nieves eternas, bajaron a valles cálidos entre enjambres de moscas y mosquitos, y en la sombra de los glaciares recogieron frutillas tan maduras y flores tan lozanas como las que suelen ser el orgullo de las regiones del Sur. Hacia el final del año enfilaron hacia una región de lagos, triste y silenciosa, donde había habido aves silvestres, pero donde no había ya signos de vida: sólo el rugir de los vientos helados, bloques de hielo en desolados parajes y el melancólico rumor de las olas en playas solitarias.

Y durante otro invierno erraron por los senderos hollados por los hombres que los habían precedido. En cierta oportunidad llegaron a una senda, una vieja senda, abierta en la selva, y la Cabaña Perdida pareció estar más cerca. Pero se trataba de una senda que no empezaba en ninguna parte y que no conducía a lugar alguno; el hombre que la había trazado y la razón que había tenido para trazarla continuaron en el misterio. En otra ocasión hallaron las ruinas de una cabaña de cazadores y, entre los restos de unas podridas cobijas, John Thornton descubrió un rifle de chispa. No demoró en identificar aquella arma como una de las que utilizaba la Compañía de la Bahía de Hudson al iniciarse la colonización del noroeste, cuando tal fusil valía su altura en pieles de castor. Eso fue todo: ni rastros del hombre que en remotos días había construido la cabaña y dejado el fusil entre las cobijas.

La primavera llegó una vez más y Thornton, Hans y Pete encontraron, al cabo de su

vagabundeo, no la Cabaña Perdida, sino un yacimiento a flor de tierra en un vasto valle. Allí, el oro cubría como manteca amarilla el fondo de los cedazos. No siguieron avanzando. Cada día de trabajo les reportaba miles de dólares en polvo y pepitas de oro: y trabajaban todos los días. El oro era puesto en sacos de piel de gamuza y almacenado, como otros tantos leños, fuera de la cabaña de troncos de pino. Trabajaban como titanes y los días se sucedían velozmente, igual que en sueños, mientras ellos acumulaban su tesoro.

Los perros no tenían nada que hacer, excepto arrastrar las presas de caza que de vez en cuando cobraba Thornton, y Buck pasaba largas horas cabeceando junto al fuego. La visión del hombre velludo y de piernas cortas lo asaltaba cada vez más frecuentemente, y a menudo, mientras contemplaba el fuego, Buck vagaba con él por ese otro mundo de su memoria.

El rasgo sobresaliente de ese otro mundo parecía ser el miedo. Cuando observaba al hombre velludo que, con la cabeza entre las rodillas y las manos alrededor de la cabeza, dormía junto al fuego, Buck notaba que su sueño era intranquilo, que lo turbaban estremecimientos y sobresaltos y que se despertaba a menudo para escudriñar temerosamente las tinieblas y echar más leña a la hoguera. A veces caminaban por la orilla de un mar, el hombre recogía mariscos y se los comía a medida que iba recogiénolos; mientras tanto, sus ojos se fijaban en todas partes, en busca de ocultas amenazas, listas las piernas para echar a correr con la velocidad del viento a la primera señal de peligro. A través de la selva avanzaban sigilosamente, Buck pegado a los talones del hombre; ambos atentos y vi-

gilantes, pues el hombre tenía un oído y un olfato tan agudos como los de Buck. El hombre velludo sabía trepar a los árboles y pasar de uno a otro tan rápidamente como en tierra, saltando de rama en rama, separadas a veces hasta por doce pies de distancia, sin caer jamás, sin errar jamás el cálculo. En realidad, parecía tan en su casa entre los árboles como en tierra, y Buck guardaba memoria de noches de vigilia transcurridas al pie de los árboles entre cuyo follaje dormía el hombre velludo.

Estrechamente ligado a las visiones del hombre velludo estaba el llamado que resonaba en lo más recóndito de la selva. Ese llamado le provocaba un gran desasosiego y extraños deseos. Le hacía sentir una vaga, dulce alegría, y lo asaltaban salvajes anhelos de algo que no lograba precisar. A veces, en pos de la llamada, se internaba en la selva, buscándola como si se tratara de algo tangible, ladrando suave o desafiantemente, según se lo ordenara su humor. Solía apoyar el hocico en el fresco musgo de los troncos o en la tierra negra donde crecían altas hierbas, y gruñir complacido al percibir los aromas del suelo, o se agazapaba durante horas, como si se ocultara, detrás de los árboles caídos, muy abiertos los ojos y atento el oído a cuanto movimiento y cuanto ruido se producía alrededor de él. Acaso, tendido en esa forma, confiaba en captar ese llamado que no podía comprender. Pero no sabía por qué había hecho todas esas cosas. Se sentía impulsado a hacerlas, pero no las razonaba.

Impulsos irresistibles lo dominaban. A veces, mientras estaba tendido en el campamento, dormitando perezosamente bajo la luz del día, levantaba de pronto la cabeza y erguía las

orejas para escuchar, y se levantaba de un salto y se lanzaba a la carrera, y corría y corría, durante horas, por los senderos umbríos o a través de los espacios abiertos donde crecían matas de flores silvestres. Le agradaba correr por cauces secos y agazaparse y espiar la vida de las aves del bosque. Llegó a pasar un día entero agazapado entre los matorrales, acechando a las perdices que revoloteaban de un lado a otro. Pero sobre todo le agradaba correr en la suave penumbra de las noches de verano, atento a los apagados y somnolentos rumores de la selva, descifrando signos y sonidos como un hombre lee un libro, y buscando ese algo misterioso que lo llamaba, despierto o en sueños, en todo momento.

Una noche se despertó sobresaltado, inquietos los ojos, trémulas las aletas de la nariz, la piel encrespada en oleadas recurrentes. Desde la selva llegaba el llamado (o tan sólo una de sus muchas notas), más claro y definido que nunca; un prolongado aullido muy semejante al de los perros esquimales, pero también diferente. Y supo, como de costumbre, que ya antes había escuchado ese sonido. Sigilosamente cruzó el campamento dormido y se lanzó hacia el bosque. A medida que se acercaba al lugar de donde había partido el llamado, disminuyó la velocidad de la carrera hasta que todos sus movimientos se tornaron cautelosos, y de esa manera llegó a un claro del bosque. Allí vio, sentado sobre las patas traseras, el hocico apuntando al cielo, a un escuálido lobo de los bosques.

No había hecho ruido alguno. Sin embargo, el lobo dejó de aullar y husmeó la presencia del intruso. Buck salió al claro, casi arrastrándose, el cuerpo contraído, rígida y

erguida la cola, receloso el paso. Cada uno de sus movimientos era, a la vez, un reto y una invitación a la amistad. Era la tregua amenazadora que señala el encuentro de las bestias feroces. Pero el lobo huyó al verlo. Buck lo siguió, con saltos desordenados, frenético por alcanzarlo. Lo persiguió, por el lecho de un arroyo seco, donde un tronco caído obstruía el paso. El lobo giró sobre sí mismo, tal como Joe y cualquier otro perro acorralado, rugiendo y encrespándose, entrechocando los dientes en una continua y rápida sucesión de mordiscos.

Buck no lo atacó: se le acercó e intentó trabar amistad. El lobo era suspicaz y miedoso, pues Buck pesaba tres veces más que él y era mucho más alto. Así, pues, a la primera oportunidad huyó y se reanudó la persecución. De vez en cuando Buck lo acorralaba y volvía a repetirse la escena anterior. El lobo estaba disminuido físicamente, pues de no ser así Buck no lo habría alcanzado tan fácilmente: corría hasta que la cabeza de Buck le rozaba el flanco y entonces se volvía hacia él, para reanudar la huida a la primera oportunidad.

La constancia de Buck tuvo por fin su recompensa, pues el lobo, al ver que Buck no tenía intención de hacerle daño, terminó cambiando con él amistosos olfateos. Después se hicieron amigos y jugaron en esa forma nerviosa y casi tímida con que los animales salvajes desmienten su ferocidad. Al cabo de un rato, el lobo emprendió un trote corto, dando a entender que se dirigía a algún sitio. E hizo comprender a Buck que debía seguirlo. Uno al lado del otro, corrieron por el lecho del arroyo, rumbo al desfiladero donde nacía la

corriente, y cruzaron la vertiente desolada.

En la ladera opuesta se encontraron con una región llana en la que había vastos bosques y numerosas corrientes de agua. Por esas zonas boscosas corrieron hora tras hora, mientras el sol se elevaba en el cielo y el día se tornaba cada vez más caluroso. Buck estaba muy alegre. Sabía que al fin contestaba al llamado, corriendo al lado de su hermano salvaje hacia el lugar de donde seguramente procedía el llamado. Viejos recuerdos se despertaban en su mente y ya no veía en ellos sombras, sino realidades. Ya había hecho eso con anterioridad, en algún sitio de ese otro mundo vagamente recordado, y ahora lo hacía de nuevo, sintiendo bajo sus patas la tierra virgen.

Se detuvieron para beber en un arroyo y, al detenerse, Buck recordó a John Thornton. Se sentó. El lobo partió hacia el sitio de donde procedía el llamado, pero retornó en seguida y trató de alentar a Buck para que prosiguiera la marcha. Pero Buck se volvió y emprendió el regreso. Durante casi una hora el hermano salvaje corrió a su lado, gimiendo suavemente; después se sentó, levantó el hocico hacia el cielo y lanzó un penetrante aullido. Era un grito fúnebre, que Buck siguió oyendo cada vez más débilmente a medida que se alejaba y se perdía en la distancia.

John Thornton estaba cenando cuando Buck entró en el campamento como una exhalación, y le saltó encima para demostrarle su afecto, haciéndolo caer de espaldas, lamiéndole el rostro, mordiéndole la mano..., "haciéndose el tonto", como solía decir Thornton, mientras sacudía a Buck de un lado a otro y lo insultaba cariñosamente.

Durante dos días con sus noches Buck no abandonó el campamento ni dejó que Thornton se apartara de su vista. Lo seguía en el trabajo, lo observaba mientras comía, lo acompañaba hasta que se acostaba y lo esperaba por la mañana al levantarse. Pero, al cabo de dos días, el llamado de la selva comenzó a sonar más, más perentorio que nunca. El desasosiego volvió a invadirlo y lo abrumó el recuerdo de su hermano salvaje y de la sonriente región que estaba más allá de la vertiente. Comenzó otra vez a vagar por los bosques, pero el hermano salvaje no regresó. Y aunque se pasaba las noches tendiendo el oído, no volvió a escuchar el fúnebre aullido.

Comenzó a dormir en la selva durante la noche, permaneciendo lejos del campamento durante varios días; en cierta oportunidad cruzó la vertiente y descendió a la región de los bosques y de los cursos de agua. Por allí vagó durante una semana, buscando en vano a su hermano salvaje, cazando su sustento a medida que avanzaba, y avanzando con un trote largo y fácil. En una ancha corriente que se dirigía hacia el mar pescó salmones y en las orillas de esa corriente mató a un enorme oso negro, al que los mosquitos habían dejado ciego y que vagaba furioso por la selva. Aunque el enemigo se hallaba en esa condición, la lucha fue terrible y despertó los últimos instintos salvajes de Buck. Dos días después, al retornar al sitio de la lucha, encontró a una docena de glotones riñendo sobre los despojos y los dispersó a dentelladas. Al huir, dos de los glotones quedaron muertos en el campo de batalla.

El anhelo de sangre se hizo más fuerte que nunca. Buck era un matador, una fiera

de presa, que vivía de otros seres vivos, sin ayuda, solo, por obra de su propia fuerza y astucia, y que sobrevivía, triunfante, en un medio hostil en el que únicamente podían mantenerse los poderosos. Debido a ello lo embargó un gran orgullo de sí mismo, que pareció contagiársele a todo el cuerpo. Ese orgullo, que se traslucía en todos sus movimientos y que era evidente en cada uno de sus músculos, lo revistió de una dignidad hasta entonces desconocida. De no haber sido por las manchas pardas del hocico y de los ojos y por el mechón de pelos blancos que tenía en el pecho, podría haber pasado por un lobo gigantesco, mayor aun que los más grandes de su raza. De su padre, un San Bernardo, había heredado el tamaño y el peso, pero era su madre quien había dado forma a ese tamaño. Su hocico era el largo hocico de los lobos, pero más macizo; su cabeza, algo más ancha, era, con proporciones mayores, una cabeza de lobo.

Su astucia era la del lobo salvaje; su inteligencia, la del perro pastor y la del San Bernardo; todo ello, sumado a una experiencia adquirida en la más feroz de las escuelas, lo convertía en una criatura tan formidable como las que erraban por la selva. Era un animal carnívoro que vivía a dieta de carne y que estaba en la plenitud de la vida. Cuando Thornton le pasaba la mano por el lomo, el pelo se le erizaba como si quisiera descargar el exceso de vigor que poseía. Su cerebro y su cuerpo, sus nervios y sus músculos, armonizaban a la perfección, y entre todos había un equilibrio que lo capacitaba para obrar en forma instantánea frente a cualquier eventualidad. Si los acontecimientos requerían acción, respondía con la rapidez del rayo. Por

veloz que fuera un perro-lobo al defenderse y al atacar, Buck podía ser más veloz aún. Veía un movimiento u oía un sonido y reaccionaba en menos tiempo del que cualquier otro perro hubiera necesitado para enviar esos mensajes de los sentidos hacia el corazón. Percibía, determinaba y reaccionaba en el mismo instante. En realidad, las tres acciones se sucedían, pero tan mínimo era el intervalo entre ellas que parecían simultáneas. Sus músculos estaban sobrecargados de vigor y funcionaban como resortes de acero. La vida corría por sus venas como un torrente y parecía querer desbordarse de su cauce para derramarse generosamente por el mundo.

—Nunca vi un perro como éste —dijo John Thornton un día en que los socios observaban a Buck alejarse del campamento.

—Cuando Dios lo hizo rompió el molde —dijo Pete.

—¡Cristo! Lo mismo creer yo —dijo Hans.

Lo vieron alejarse del campamento, pero no pudieron ver la terrible y súbita transformación que se operó en él cuando estuvo oculto por la selva. Ya no marchaba. Al instante se convirtió en una fiera salvaje, que se adelantaba suavemente, con pasos felinos: una sombra que aparecía y desaparecía entre otras sombras. Sabía cómo aprovechar todos los escondrijos, cómo arrastrarse sobre el vientre igual que una víbora y cómo saltar y abatir a su presa. Sabía cómo atrapar en su nido a las aves silvestres, matar a los conejos mientras dormían, dar mordiscos en el aire, en pleno salto, a las ardillas que demoraban en huir hacia los árboles. Los peces no eran bastante rápidos para él, como tampoco eran suficientemente cautelosos los castores que construían sus diques en el río. Mataba para

comer, no por maldad, pero prefería comer lo que él mismo había matado. De modo que cuando lo dominaba el capricho de la caza, su deleite estaba en acercarse a las ardillas hasta tenerlas al alcance de sus dientes, para dejarlas después huir, aterrorizadas, hacia los árboles.

Al llegar el otoño aparecieron grandes rebaños de alces que avanzaban lentamente para hacer frente al invierno en los valles más bajos, donde el clima era menos riguroso. Buck ya había logrado matar a un alce joven, pero anhelaba una presa mucho mayor y más importante, y la encontró un día en la vertiente de la que nacía el arroyo. Un rebaño de veinte alces había cruzado desde la región de los bosques y corrientes y, entre ellos se destacaba un enorme macho. Aquella bestia tenía un humor salvaje y, con su estatura de casi dos metros, era un contendiente tan formidable como podía desearlo Buck. Además, sacudía hacia todos lados sus enormes cuernos, de más de siete pies de punta a punta. Sus diminutos ojos lanzaban chispas de malicia y crueldad y, al ver a Buck, rugió enfurecido.

De uno de sus flancos sobresalía el extremo de una flecha emplumada, lo que explicaba su terrible estado de ánimo. Guiado por el instinto heredado de aquellos días de caza en el mundo primitivo, Buck se dispuso a alejar a su rival del resto del rebaño. La tarea no era fácil. Buck ladraba y se movía frente al alce, a corta distancia de los terribles cuernos y de las pezuñas, que podrían haberle quitado la vida con un solo golpe. Incapaz de dar la espalda al peligro y de continuar viaje, el alce se dejó dominar por la furia. Así cargaba sobre Buck, que con toda astucia retrocedía, atrayéndolo con su simulada incapacidad de

huir. Pero cuando lograba separarlo de sus compañeros, dos o tres machos jóvenes atacaban también a Buck y permitían que el macho herido se uniese al rebaño.

Hay en la selva una paciencia (obstinada, incansable, persistente como la vida misma) que mantiene inmóvil durante horas a la araña en su tela, a la víbora en el suelo, a la pantera en su emboscada; esa paciencia es prerrogativa especial de las fieras que cazan su alimento y fue la que mantuvo a Buck cerca del rebaño, demorando su marcha, irritando a los machos más jóvenes, molestando a las hembras con crías y enloqueciendo de furia al macho herido. Durante medio día continuó la lucha. Buck se multiplicó, atacando por todas partes, envolviendo al rebaño en un huracán de amenazas, aislando a su víctima con velocidad igual a la que ésta ponía en reunirse con sus compañeros, agotando la paciencia de los acosados, que es mucho menor que la de los cazadores.

Al avanzar el día y ponerse el sol en su lecho del noroeste (había vuelto la oscuridad y las noches de otoño duraban seis horas), los machos jóvenes acudían cada vez con mayor desgano en ayuda de su acorralado jefe. La llegada del invierno los impulsaba a marchar de prisa hacia terrenos más bajos y les parecía que nunca podrían quitarse de encima a esa incansable criatura que los obligaba a retardar la marcha. Además, no se trataba de la vida del rebaño, de algún macho joven, sino de la de un viejo miembro que no les interesaba mucho ya. Por último, se mostraron dispuestos a pagar el diezmo.

Al caer la noche se hallaba el viejo macho observando a sus compañeros que se alejaban con paso rápido por la espesura. No podía se-

guirlos, pues frente a su hocico brincaba ese terror de largos colmillos que no quería dejarlo en paz. Pesaba más de media tonelada, había vivido una vida larga y llena de luchas, y por fin se enfrentaba con la muerte, encarnada en una criatura cuya cabeza no llegaba más arriba de sus patas.

De allí en adelante, noche y día, Buck no abandonó su presa ni por un momento, no le dio un segundo de descanso, no le permitió mordisquear las hojas de los árboles ni los retoños de los arbustos. No le dio tampoco oportunidad de que apagara la sed en las tenues corrientes de agua que cruzaron. De vez en cuando, en su desesperación, el viejo macho huía velozmente. En tales ocasiones, Buck no intentaba alcanzarlo, sino que lo seguía a corta distancia, satisfecho de la forma en que se jugaba la partida, tendiéndose cuando el macho se detenía y atacándolo fieramente cuando trataba de comer o de beber.

La enorme cabeza se inclinaba cada vez más bajo el peso de los cuernos. El trote del alce se tornó cada vez más lento. Comenzó a detenerse largos ratos, la nariz pegada al suelo, caídas las orejas. Buck tuvo más tiempo para beber y descansar. En esos momentos, jadeando, con la lengua afuera y los ojos fijos en el enorme alce, a Buck se le antojaba que estaba realizando un cambio en el mundo. Sentía algo nuevo en la tierra. Como los alces entraban en las tierras bajas, también llegaba otra clase de vida. La selva y los arroyos parecían palpar con su presencia. No lo advirtió con el olfato ni con la vista ni con el oído, sino de manera más sutil. No oía ni veía nada, y sin embargo sabía que la tierra era distinta, que había en ella algo nuevo. Y re-

solvió investigar en cuanto hubiera terminado lo que estaba haciendo.

Por último, al concluir el cuarto día del asedio, abatió al enorme alce. Durante un día y una noche permaneció al lado de su presa, comiendo y durmiendo. Después, ya descansado, se dispuso a retornar al campamento y a su amo. Comenzó a trotar rápidamente, hora tras hora, sin errar nunca el camino rumbo al campamento, por aquella desconocida región, con una seguridad que hubiera avergonzado al hombre y su brújula.

A medida que avanzaba advertía cada vez más la nueva vida que florecía en la tierra. Era una vida diferente de la que había habido allí durante el verano. Ya no eran sus sutiles y misteriosos emblemas. Los pájaros hablaban de ella y hasta la susurraba la misma brisa. Buck se detuvo para aspirar con fruición el fresco aire de la mañana, captando un mensaje que le hizo aumentar la velocidad de la marcha. Se sentía embargado por el presentimiento de una calamidad inminente, si es que ésta no había ocurrido ya. Al cruzar la última vertiente y descender al valle en dirección al campamento comenzó a avanzar con más cautela.

A tres millas del campamento encontró huellas nuevas que le hicieron erizar los pelos. Las huellas se dirigían al campamento y a su amo. Buck se apresuró, los nervios tensos, alerta a la multitud de detalles que le referían lo ocurrido..., menos el final. Su olfato le describió el paso de la vida a cuyos talones marchaba. Notó el oprimente silencio de la selva. Las aves habían desaparecido. Las ardillas se ocultaban. Sólo vio una: gorda y gris, aplastada contra un tronco caído, parecía formar parte de la madera.

Al pasar por la sombra de unos árboles, su nariz se torció de pronto hacia un costado, como si una fuerza irresistible la hubiese dirigido hacia allí. Siguió el nuevo olor hasta un matorral y encontró a Nig, muerto, con el cuerpo atravesado de lado a lado por una flecha.

Cien yardas más adelante, Buck halló a uno de los perros que Thornton había comprado en Dawson. El perro se debatía en los últimos estertores de la muerte, tumbado sobre el camino. Buck ni se detuvo. Del campamento le llegaba el débil murmullo de un coro que se elevaba y descendía en un canto monótono. Arrastrándose llegó hasta el borde del claro y dio con Hans, que yacía boca abajo, acribillado a flechazos. En ese instante Buck miró hacia el lugar donde se había elevado la cabaña de troncos y vio algo que le erizó todos los pelos. Una oleada de incontenible ira lo invadió. No advirtió que gruñó, pero lo hizo con terrible ferocidad. Por última vez en su vida permitió que la pasión usurpara el lugar de la astucia y la razón, y el gran cariño que sentía por John Thornton le hizo perder la cabeza.

Los yeehats estaban danzando alrededor de las ruinas de la cabaña cuando oyeron un horrible rugido y vieron que se les echaba encima un animal completamente desconocido para ellos. Era Buck, un viviente huracán de furia que se abalanzaba sobre ellos ansioso de destrucción.

Buck se precipitó sobre el indio más próximo (era el cacique de los yeehats), y de una dentellada le destrozó la yugular. No se detuvo a seguir mordiendo a su víctima, sino que con otro salto destrozó el cuello de un segundo hombre. No había forma de contenerlo. Se

revolvió en medio de sus enemigos, destrozando y matando, en un constante movimiento que desafiaba las flechas descargadas sobre él. Realmente, tan rápidos eran sus movimientos y tan apiñados se hallaban los indios, que se hirieron unos a otros con sus propias flechas. Un joven cazador que arrojó una lanza contra Buck la sepultó en el pecho de uno de sus compañeros, con fuerza tal que la cuchilla asomó por la espalda del indio. Después el pánico se apoderó de los yeehats, que huyeron hacia los bosques gritando que había llegado el Espíritu Maligno.

Y en verdad Buck era un diablo encarnado en la figura de un perro que los perseguía para seguir matándolos. Fue una jornada desastrosa para los yeehats. Se dispersaron por toda la región y pasó toda una semana antes de que los sobrevivientes se reunieran en un valle lejano, a computar sus pérdidas.

Buck, fatigado por la persecución, regresó al desolado campamento. Pete estaba muerto entre las mantas, asesinado en el primer momento del sorpresivo ataque. La desesperada lucha de Thornton se podía leer en la tierra y Buck la fue siguiendo paso a paso hasta el borde de un profundo lago. Allí, con la cabeza y las patas en el agua, yacía Skeet, leal hasta el fin. Ese mismo lago ocultaba el cuerpo de John Thornton, pues Buck no pudo hallar señales de que hubiera salido del agua.

Buck pasó el día entero a orillas del lago o vagando desasosegadamente por el campamento. Conocía la muerte y no ignoraba que John Thornton había muerto. Esa circunstancia le producía una sensación de vacío, algo parecido al hambre, pero un vacío que ningún alimento podía llenar. A veces, cuan-

do se detenía a contemplar los cadáveres de los yeehats, olvidaba su dolor, y entonces se enorgullecía de sí mismo. Era un orgullo mucho mayor del que había experimentado antes. Había matado al hombre, la caza más noble de todas, y lo había matado enfrentando la ley del garrote y el colmillo. Olfateó los cuerpos con curiosidad. ¡Qué fácilmente habían muerto! Era más difícil matar a un perro-lobo. Si no hubiera sido por las flechas, las lanzas y los garrotes, no habrían sido enemigos dignos de él. En adelante ya no les tendría temor alguno, excepto cuando empuñaran sus flechas, sus lanzas o sus garrotes.

Llegó la noche y la luna se elevó por sobre los árboles e iluminó la tierra con luz espectral. Y con la llegada de la noche, Buck sintió el despertar de una nueva vida en el bosque. Se detuvo a escuchar y olfatear. Desde lejos le llegó un aullido agudo al que siguió un coro de sonidos semejantes. A medida que pasaba el tiempo, los aullidos se tornaron más claros y cercanos. Y volvió a reconocer en ellos los sonidos que había oído en aquel otro mundo de su memoria. Enfiló hacia el centro del claro y escuchó. Era el llamado. Y sonaba más atrayente que nunca. Y ahora estaba listo para obedecerlo. John Thornton había muerto. El último lazo se había cortado. El hombre y su afecto no lo ataban más.

Cazando su alimento, como lo hacían los yeehats, en los flancos de los rebaños de alces migratorios, la manada de lobos había dejado al fin la región boscosa para invadir el valle de Buck. Llegaron como sombras plateadas por los rayos de la luna; Buck estaba en el centro del claro, inmóvil como una estatua, aguardándolos. Los lobos se sorprendieron al verlo tan corpulento y quieto. Hubo una pau-

sa. Después, el más audaz de los lobos se le arrojó encima. Como un relámpago, Buck contestó el ataque y destrozó la nuca del recién llegado. Después volvió a quedarse inmóvil, como antes, mientras el lobo herido agonizaba detrás de él. Otros tres trataron de abatirlo, y uno tras otro retrocedieron, empapados en la sangre que les fluía de las múltiples heridas recibidas.

Tal proeza bastó para que toda la manada se lanzara hacia adelante, ansiosa por abatir la presa. Su maravillosa ligereza y agilidad le sirvieron a Buck de mucho. Girando sobre sus patas traseras y lanzando mordiscos a diestro y siniestro estaba en todas partes a la vez, enfrentando siempre a todos con su inimaginable velocidad de movimientos. Pero, para evitar que lo atacaran por detrás, retrocedió poco a poco hasta el cauce del arroyo seco, y en cierto momento se apoyó en una de sus altas orillas. Siguió moviéndose a lo largo de la orilla hasta llegar a un ángulo formado por un accidente del terreno y allí quedó arrinconado, protegido por tres lados, sin más trabajo que defenderse frente a frente.

Y tan bien lo hizo que al cabo de media hora los lobos retrocedieron desconcertados. Todos tenían la lengua afuera y sus colmillos brillaban con salvaje blancura a la luz de la luna. Algunos se habían echado y observaban a Buck, otros estaban de pie, otros bebían agua en un charco. Un lobo largo y escuálido avanzó cautelosamente y en actitud amistosa, y Buck reconoció en él al hermano salvaje en cuya compañía había corrido durante una noche y un día. El lobo gemía suavemente y al recibir respuesta restregó su hocico contra el de Buck.

Después, un viejo lobo, flaco y lleno de cicatrices, se adelantó. Buck frunció la nariz, preparándose para gruñir, pero restregó su hocico contra el del otro. Al instante, el viejo lobo se sentó, levantó la cabeza hacia el cielo y lanzó un largo aullido. Los demás lo imitaron. Y esta vez el llamado llegó a Buck con inconfundible acento. Y también él se sentó y aulló. Finalizada la ceremonia, Buck salió de su refugio y la manada lo rodeó, olfateándolo con actitud entre amistosa y salvaje. Los jefes llamaron a la manada y se lanzaron hacia los bosques. Los lobos corrieron en pos de ellos, aullando a coro. Y Buck los acompañó, corriendo al lado de su hermano salvaje y aullando con ellos.

Y aquí podría concluir la historia de Buck. No pasaron muchos años antes de que los yeehats advirtieran un cambio en la raza de los lobos del bosque, pues vieron algunos que tenían manchas pardas en la cabeza y el hocico y un mechón de pelos blancos en el pecho. Pero los yeehats suelen recordar algo más extraordinario aún: el Perro Fantasma que corre a la cabeza de la manada. Temen enormemente a ese Perro Fantasma, pues es más astuto que los lobos y les roba alimentos durante los crudos inviernos, les destroza las trampas y desafía a los más valientes cazadores.

Más aún: el relato se torna excitante. Hay cazadores que no regresan jamás a sus cabañas y otros a los que los indios han visto con la garganta destrozada, rodeados sus cadáveres por huellas más grandes que las de cualquier lobo. Todos los otoños, cuando los yeehats siguen la migración de los alces, hacen un rodeo para no entrar en cierto valle. Y hay

mujeres que se entristecen cuando oyen decir que el Espíritu Maligno eligió ese valle para su morada.

Al llegar el verano, sin embargo, un visitante desconocido para los yeehats visita ese valle. Es un enorme lobo de hermoso pelaje, parecido a todos los demás lobos y, no obstante, diferente. Cruza solo la sonriente región de los bosques y baja al claro del bosque. Allí se ve una corriente de aguas doradas que procede de varios sacos de piel de gamuza y que se hunde en la tierra, entre las altas hierbas que han invadido todo, y ocultan sus resplandores de la luz del sol; y allí permanece durante un tiempo, lanzando un largo aullido fúnebre antes de partir.

Pero no siempre está solo. Cuando llegan las largas noches de invierno y los lobos siguen su caza a los valles más bajos, se lo suele ver corriendo a la cabeza de la manada, iluminado por la tenue luz de la luna o por las resplandecientes auroras boreales. Y su garganta se hincha cuando canta la canción del mundo primitivo: la canción de la manada.

INDICE

Capítulo	Pág.
I. Hacia lo primitivo	11
II. La ley del garrote y del colmillo ..	25
III. La dominante bestia primitiva	37
IV. La conquista del poder	56
V. El arduo trabajo del camino	68
VI. Por el amor de un hombre	88
VII. Los ecos del llamado	107

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de la
EMPRESA EDITORA NACIONAL QUIMANTU LTDA.,
Bellavista 0153, el mes de junio de 1972.
Edición de 50.000 ejemplares.
1.º al 30.º millar.
Hecho en Chile • Printed in Chile.

Fue pescador de salmones, cuidador de panales de abejas, pirata de ostras, vigilante de playas, marino, trabajador en una fábrica de yute, etc. Sus múltiples oficios lo llevaron a recorrer Estados Unidos a pie, a caer preso por vagabundo en Canadá, a presenciar la caza de focas en el estrecho de Behring, y a innumerables aventuras que fueron quedando testimoniadas en sus relatos.

EL LLAMADO DE LA SELVA será, sin lugar a dudas, para los lectores de nuestra Colección, una obra plena de acción y emociones, en la que contrastarán los rasgos profundamente humanos de Buck con la bestialidad que la codicia pone siempre en el hombre.



COLECCION QUIMANTU PARA TODOS

ULTIMOS TITULOS APARECIDOS:

10. EL ROBO DEL ELEFANTE BLANCO, Mark Twain.
11. POESIA POPULAR CHILENA, Selección de Diego Muñoz.
12. DIEZ CUENTOS DE BANDIDOS, Selección de Enrique Lihn.
13. AVENTURAS DE ARTURO GORDON PYM, Edgar Allan Poe.
14. ... Y CORRIA EL BILLETE, Guillermo Afías.
15. LA DAMA DEL PERRITO Y OTROS RELATOS, Anton Chejov.
16. REPORTAJE AL PIE DEL PATIBULO, Julius Fucik.
17. EL LLAMADO DE LA SELVA, Jack London.

PROXIMO TITULO

18. LA REBELION DE LOS COLGADOS Bruno Traven